NORBA. Revista de Historia, ISSN 0213-375X e-ISSN 2695-8015, Vol. 33, 2020, 61-98

CC BY

https://doi.org/10.17398/0213-375X.33.61

EL TESORO DE ALISEDA (CÁCERES): UNA RELECTURA

THE ALISEDA HOARD (CÁCERES): A RE-READING

Alonso RODRÍGUEZ DÍAZ
Ignacio PAVÓN SOLDEVILA
David M. DUQUE ESPINO

Universidad de Extremadura

Resumen

En el siglo transcurrido desde su hallazgo, el Tesoro de Aliseda ha sido una referencia constante en el desarrollo disciplinar de la protohistoria peninsular. Los estudios sobre estas icónicas alhajas orientalizantes han caracterizado su tecnología, estilos, procedencias, composición, cronología…, así como sus aspectos socioculturales y simbólicos. Cuestiones sin duda esenciales para su valoración histórica, pero por desgracia lastradas por su desconocido contexto que, desde 1920 hasta hoy, se ha relacionado indistintamente con una tumba, un escondrijo, un santuario y/o el tesoro de la comunidad. A partir del análisis combinado de la documentación recuperada en diferentes archivos y del registro arqueológico obtenido en el paraje de Las Cortinas, colindante al del Ejido donde apareció el tesoro, se propone la relectura de su contexto, uso y significado.

Palabras clave: Tesoro de Aliseda, *Keimélion*, Orientalizante, Postorientalizante, Tartessos.

Abstract

In the century since its discovery, the Aliseda Hoard has been a continuous reference in the development of peninsular protohistory as a discipline. Studies on these iconic orientalizing jewels have tackled issues related to their technology, style, origin, composition, chronology..., as well as other aspects connected to their socio-cultural and symbolic features. These questions are undoubtedly essential in order to carry out their historical appraisal, but unfortunately they are weighed down by their unexplained context which, from 1920 until today, has been variously related either to a tomb, a hiding place, a sanctuary and/or community treasure. From the combined analysis of the documentation recovered from different archives and the archaeological record obtained in Las Cortinas, adjacent to the Ejido site where the hoard appeared, we propose a re-reading of its context, use and meaning.

Key words: Aliseda's Hoard, *Keimélion,* Orientalizing, Postorientalizing, Tartessos.

Fecha de recepción: 30 de junio de 2020
Fecha de aceptación: 04 de noviembre de 2020

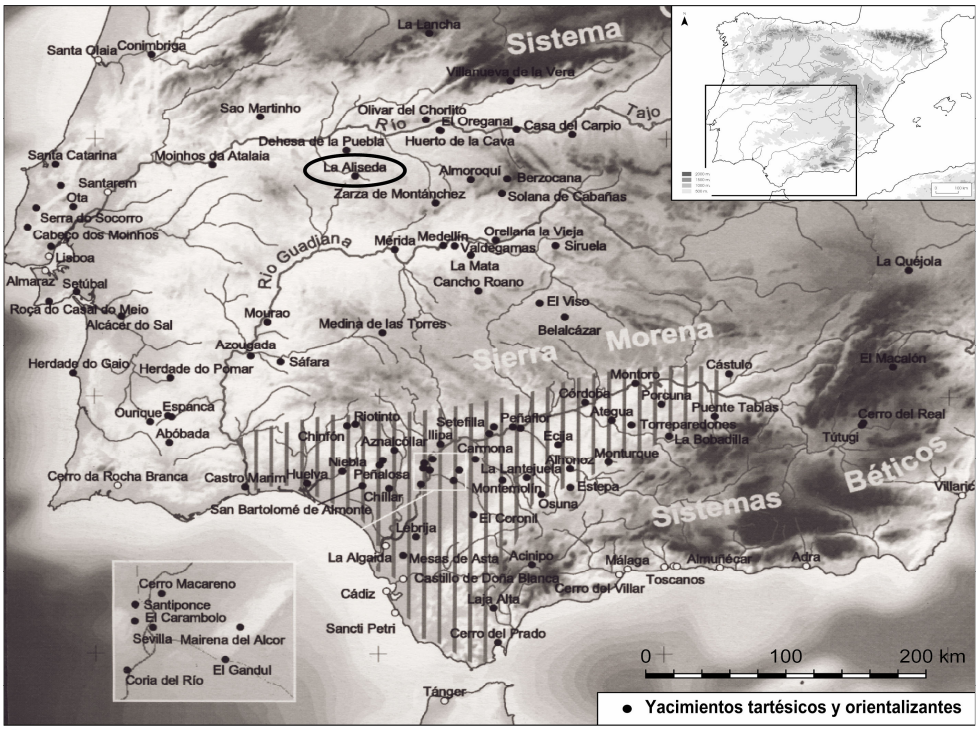
1. LUCES Y SOMBRAS DE UN HALLAZGO CENTENARIO

La historia de la investigación del Tesoro de Aliseda, descubierto casualmente en esta pequeña localidad cacereña el 29 de febrero de 1920 cuando al parecer los hermanos Juan-Jesús y Victoriano Rodríguez Santano extraían arcilla junto a dos hornos tejeros -con su sobrino Jenaro Vinagre Rodríguez como testigo de excepción-, está jalonada de reconocidos nombres de la arqueología nacional e internacional. Mélida y su discípulo Orti Belmonte, Carter, Bosch Gimpera, Gómez-Moreno, García-Bellido, Becatti, Blanco Freijeiro, Maluquer, Blázquez, Moscati, Almagro Gorbea, Nicolini, Hartmann, Aubet, Perea, Ruiz-Gálvez, etc. han valorado, con mayor o menor profundidad y desde ópticas distintas, estas célebres alhajas.

Sus aportaciones sobre su tecnología, tipología, estilos, filiación, composición, cronología o sus aspectos socioculturales y simbólicos constituyen referencias ineludibles para el análisis histórico de estas joyas, en particular, y del desarrollo epistemológico de la protohistoria peninsular, en general (Rodríguez *et al.*, 2014: 173-223, con bibliografía) (Fig. 1).

Sin embargo, no es menos sabido que tales contribuciones se han visto condicionadas de principio a fin por el desconocimiento del contexto arqueológico donde aparecieron, lo cual ha mediatizado las consideraciones sobre su uso y significado. La tumba de una pareja o de una dama aristocrática, el escondrijo de un tesoro y, más recientemente, el santuario de una divinidad indígena y/o el tesauro de la comunidad son las opciones en torno a las que se ha desenvuelto y debatido, desde 1920 hasta fechas recientes, la procedencia y cronología de este conjunto señero de la orfebrería orientalizante del Mediterráneo occidental. En suma, las luces y las sombras de un hallazgo centenario.

Con el propósito de enmarcar en su justa medida el objetivo central de este trabajo, aproximarnos al contexto, uso y significado de estas alhajas, previamente trataremos de sintetizar las claves que han fundamentado estas diferentes propuestas contextuales, con sus idas y sus vueltas.



A

B

Figura 1. A) Localización de Aliseda y otros yacimientos-hallazgos tartésicos y postartésicos del suroeste (Aranegui, 2000); B) Tesoro de Aliseda (MAN).

1.1. DE LA TUMBA AL ESCONDRIJO

El punto de partida de esta "ruta historiográfica" por el contexto del tesoro se sitúa en quienes de forma directa o indirecta estuvieron implicados en el descubrimiento y, más concretamente, en Miguel Ángel Orti Belmonte, antiguo pupilo de Mélida y recién estrenado vocal en la Comisión de Monumentos de Cáceres a raíz precisamente del evento aliseño. En marzo de 1920, realizó para la Comisión un encomiable informe de las alhajas -aún depositadas en el Juzgado- que dio a conocer a finales de ese mismo mes en la prensa local[1]; en abril, se desplazó a Aliseda para explorar el lugar del hallazgo y otros restos del entorno; y, en mayo, ya había redactado un documentado trabajo -hasta hoy inédito- que aspiraba a ser la primicia académica del tesoro y su contexto histórico (Orti, en este volumen). En virtud de la asociación que entabló entre las joyas (consideradas fenicias o feno-púnicas) y una serie de "piedras labradas" aparecidas junto a ellas, aventuró la existencia de una tumba con dos cadáveres incinerados pertenecientes a una pareja con sus respectivas alhajas ("anillos signatarios" y "un pendiente de oro formado por un alambrito fino con dos cuentas" de los "usados por el hombre"; "diademas y arracadas de mujer"), si bien admitiendo la imposibilidad de precisar la forma de la sepultura debido a lo removido que estaba el terreno. En sus publicaciones conocidas, deudoras de su informe técnico y del manuscrito inédito, mantuvo el carácter importado y funerario del tesoro e incluso llegó a plantear -también sin argumentos concluyentes- la posibilidad de que las incineraciones fueran más (Orti, 1921: 210, 1924: 88-89 y 96).

Pese a que no llegó a desplazarse a Aliseda para conocer de primera mano el sitio del hallazgo, Mélida manifestó asimismo desde un principio -en concreto en su intervención en la sesión del 28 de marzo de la Comisión de Monumentos de Cáceres- la probabilidad de que allí existiera una necrópolis. Y así lo expresaría igualmente en sus trabajos publicados entre 1921 y 1922, donde proponía la naturaleza femenina y funeraria de las alhajas, aunque dejando entreabierta la opción de que estas hubieran sido "guardadas en vasijas y enterradas como tesoro" ante la ausencia de huesos.

Los argumentos para sostener su preferencia por la "hipótesis funeraria" fueron, por una parte, las referidas impresiones de Orti junto a algunos testimonios locales; y, por otra, la tipología de las propias joyas. En Aliseda, los relatos primordiales recogidos en la obra de Mélida son los del médico Manuel Calzada y el boticario Jacinto Acedo. El primero apenas indicó que los objetos de oro se habían encontrado a un metro de profundidad, junto y a lo largo de un trozo de pared subterránea

[1] "El tesoro de Aliseda. Informe de un técnico I-III", *El Noticiero. Diario de Cáceres,* 27 y 29 de marzo y 5 de abril de 1920, respectivamente.

formada por piedras sin argamasa, desparramados en una superficie de uno o dos metros cuadrados y mezclados con tierra. Todo ello en la parte superior de un pequeño cerro o altozano situado en una zona periurbana cercana a los caminos que daban acceso al pueblo y al puerto de la sierra. Por su parte, el farmacéutico Acedo únicamente precisó que del otro lado del murete donde estaban las piezas de oro aparecieron el brasero y el vaso de plata (Mélida, 1921: 9-10). En dichas declaraciones Mélida entrevió el reflejo de un posible sepulcro o arca de sillarejos, acaso cubierto por un túmulo de tierra, como los de la Punta de la Vaca gaditana descubiertos en 1887. En cuanto a la razón de identificar las alhajas con el ajuar de una dama, obedeció a que casi la mitad de los objetos por él estudiados y fechados en el s. VI a.C. (concretamente el aro, la diadema, los collares, el cinturón, las arracadas, las pulseras, las sortijas, los anillos signatarios, las cadenillas y los apliques de vestimenta) eran formalmente compatibles con aderezos femeninos (Mélida, 1921: 10).

Pero pronto nuevas informaciones comenzarían a suscitar en Mélida un reajuste de tales planteamientos. Dichas novedades fueron consecuencia de dos hechos independientes que el entonces director del Museo Arqueológico Nacional (en adelante, MAN) ensamblaría en la denominada "tesis de la ocultación" publicada en *Archäologischer Anzeiger* en 1928. El primero de ellos deriva de la excavación realizada por Juan Cabré en noviembre de 1921 en el sitio del hallazgo; el segundo, del contacto mantenido entre Mélida y Howard Carter con motivo de la visita de este último a España en noviembre de 1924 para difundir las maravillas de la tumba de Tut-Ank-Amen.

De la intervención de Cabré en Aliseda apenas se conservan un croquis del entorno del pueblo y una decena de placas fotográficas diversas. En una de ellas, identificada con el núm. 4183 del archivo "Cabré" de la Fototeca del Patrimonio Histórico, se inmortalizó el icónico posado en el sitio del hallazgo (marcado con una X en una copia en papel conservada en el MAN), de un guardia civil, Juan-Jesús Rodriguez Santano, el pequeño Marcelino Rodríguez Borreguero (primogénito de Victoriano Rodríguez Santano) y, muy probablemente, el mismo Juan Cabré[2] (Fig. 2). Pese a su carácter indirecto, especial interés reviste para la ocasión la carta que J. Acedo giró el 17 de noviembre de 1921 a Mélida informándole sobre la llegada de Cabré a Aliseda, en la que explícitamente se apunta la ausencia de evidencias funerarias en el lugar del descubrimiento:

[2] La identificación de Cabré con el personaje trajeado de esta fotografía ha sido muy reciente y se ha basado en su comparación con otras placas del citado archivo (núms. 2224, 2610, 5986 y 5987) fechadas entre 1908-1917 y algunas imágenes de la misma época recogidas en la tesis de G. Polak (2018: figs. 1, 56 y 85), en las que nos resulta reconocible su fisonomía. Todo ello refuerza la idea de que la susodicha copia en papel conservada en el MAN [1973/58/FF-10220(157)] con la X señalando el lugar del hallazgo pudo formar parte del informe de la exploración de Cabré en Aliseda, hasta ahora no localizado.

Figura 2. Posado en el lugar del hallazgo de un guardia civil, Juan-Jesús Rodríguez, su sobrino Marcelino y Juan Cabré (MAN).

> El Sr Cabré me ha comunicado sus impresiones con respecto al sitio de la excavación; y segun cree, no puede pensarse en la existencia de necrópolis ninguna. Lo descubierto por él consiste en unos cimientos de viviendas pobrisimas y pequeñas (es muy posible que no haya mas que dos) que probablemente fueron habitadas por seres que robaron el tesoro y tal vez mataron a sus poseedores. Esta tarde entre las tierras se han encontrado trozos pequeños de huesos fosilizados; pero tan pequeños e informes que no sirven para formar idea de nada[3].

Mélida refirió solo de pasada esta actuación en su estudio de 1928, pero sin detallar sus resultados ni siquiera desvelar la identidad de su director. Todo ello lleva a pensar que la ausencia de rastros de tumbas debió de contrariarle al no ver refrendada su "hipótesis funeraria" y la misma esperanza de recuperar más joyas manifestada en alguna ocasión anterior. De ahí que, cuando Carter le alertara en su visita al MAN el 25 de noviembre de 1924 -y en carteos posteriores- de las distintas facturas, procedencias y cronologías que le sugerían las piezas del tesoro

[3] MAN, Expediente 1921/12.36-37. Carta de J. Acedo a J. R. Mélida, 17 de noviembre de 1921.

extremeño, Mélida viera la necesidad de dar un giro interpretativo sobre su contexto. Un doble giro, para ser exactos: 1) el que representa contemplar una conformación dilatada del conjunto, con alhajas que se fabricaron discrecionalmente entre los ss. ¿IX?, VII, VI y V a.C., excluyendo de ello el anillo con motivo ecuestre que siempre creyó anterior; y 2) el de la identificación de su contexto con el de una ocultación premeditada, para la que además propuso como *terminus ante quem* extremo el 216 a.C. en que Roma expulsó de Cádiz a los últimos cartagineses (Mélida, 1928: 508-509; Pavón *et al*., 2011: 212).

Esta lectura alternativa sobre la cronología amplia y la diversidad del tesoro -que con leves matices asumieron otros autores, como Bosch Gimpera (1929: 171-173, 1932: 260)- permaneció vigente incluso durante la posguerra española, cobrando renovado crédito en los trabajos de M. Gómez-Moreno (1941: 464) y, sobre todo, de A. García-Bellido (1942: 230), quien aceptó explícitamente tanto la última propuesta contextual de Mélida como las diferencias artísticas y las distancias cronológicas entre las piezas que lo componían. Este último autor, a raíz de su reestudio suscitado por la devolución a España de la Dama de Elche, llegaría incluso a proponer una cronología aún más baja (ss. V o IV a.C., si bien la diadema podría ser del II-I a.C.), admitiendo a la vez sus distintas fechas, su pertenencia a distintas generaciones y su posible uso durante largo tiempo (García-Bellido, 1943: 49-50). Sin embargo, apenas unos años después, la investigación retomaría, si bien con nuevos argumentos, la primigenia "hipótesis funeraria" de Orti y Mélida.

1.2. DEL ESCONDRIJO A LA TUMBA

La "vuelta a la tumba" como contexto, la uniformidad y sincronía de las alhajas del Tesoro de Aliseda comenzaron a fraguarse y consolidarse historiográficamente en una serie de trabajos en los que, a partir de los años cincuenta del s. XX y en un marco de creciente desmemoria sobre las circunstancias del hallazgo y la "tesis de la ocultación" de Mélida, algunos hallazgos hallsttáticos, etruscos y tartésicos se consideraron plausibles espejos donde buscar reflejos del conjunto extremeño. Fue el caso del trascendente estudio de Blanco Freijeiro (1956) sobre las joyas aliseñas que sentó las bases del "Orientalizante hispano". En lo concerniente al contexto, Blanco retomó la procedencia funeraria del tesoro, a su juicio la favorita de Mélida, asumiendo de un modo *sui generis* el hecho de que las piezas conformaran el aderezo de una mujer probablemente indígena, la homogeneidad y sincronía de las joyas a tenor de su estilo y técnica, y la relación

de los apliques para tela con un posible vestido. Todo ello entreverado con alguna alusión a las tumbas exploradas por Bonsor en el valle del Guadalquivir y, sobre todo, al mundo etrusco.

Tiempo después, de forma más o menos explícita, se situarían en esta misma propuesta contextual Maluquer y Blázquez. El primero, más preocupado por la caracterización arqueológica de Tartessos que por profundizar en los entresijos del tesoro extremeño, señaló que "la personalidad del foco tartésico (…) se muestra en multitud de aspectos, por ejemplo, en los *braseros rituales* que acompañan en tumbas (Carmona, Aliseda, etc.) a los oenochoes de bronce y que también han sido estudiados en una amplísima área del sur y centro peninsular" (Maluquer, 1957: 168). Por su parte, Blázquez (1975: 115-116) llegaría a afirmar, de manera sorprendente y como si de una verdad contrastada se tratase, que "las circunstancias del hallazgo son conocidas. Apareció (…) al extraer tierras unos obreros de un montículo, probablemente un túmulo, que contenía la sepultura de una dama, igual que la tumba Regolini-Galassi y la de Vix (…). Mélida, que fue el primero en publicarlo, recogió algunos informes importantes (…) todo lo cual no deja lugar a duda de que se trata de una sepultura".

Casi al mismo tiempo, Almagro Gorbea (1977) daría una apretada vuelta de tuerca al asunto al amparo de los nuevos descubrimientos realizados por M.ª E. Aubet (1975) en Setefilla:

> Los restos de la pared subterránea de piedras sueltas al azar sin argamasa junto al que apareció el tesoro es evidente que deben interpretarse como la estructura pétrea de la cámara cuyo tipo de aparejo, de piedras unidas con tierra, tan bien queda documentado en Setefilla. La aparición de los 'braserillos de plata' al otro lado del muro hace pensar en la posibilidad de existencia de otra tumba o de un depósito de ofrendas situado junto a la cámara, tal vez cerca del acceso que ofrece este tipo de túmulos. Los fragmentos cerámicos por su diversidad se pueden interpretar como pertenecientes al ajuar de la cámara o más prudentemente a sepulturas próximas en un fenómeno semejante al que vemos en Setefilla (…) El hallazgo de Aliseda puede por tanto interpretarse como el ajuar de un túmulo funerario de un importante personaje femenino de la cultura local orientalizante… del último cuarto del siglo VII a.C. (Almagro Gorbea, 1977: 219-220)[4].

[4] Valoración y tono rotundo que dicho autor ha mantenido recientemente al considerar "los restos de muros, supuestamente relacionados con el Tesoro de Aliseda, como un *heroon*, evidentemente dedicado a un personaje femenino regio" como el encontrado cerca de la tumba de la Dama de Vix, cuyo ajuar relaciona con el de Aliseda (Almagro Gorbea y Dávila, 2016: 188).

1.3. DE LA TUMBA AL SANTUARIO Y/O EL TESAURO DE LA COMUNIDAD

Pero en esa trayectoria de creciente afianzamiento de la sepultura como contexto del tesoro aliseño, con sugerentes derivadas sobre su relación con la circulación de bienes de prestigio, las dotes de mujeres de alto rango -"auténticas princesas"- y los pactos políticos entre élites (Aubet, 1984; Ruiz-Gálvez, 1992: 238), el trabajo de G. Nicolini (1990: 215-216 y 234) supuso una clara refracción. Este autor, al que por cierto no pasó inadvertido el viraje interpretativo de Mélida de la tumba al escondrijo, señaló que -ante la falta de datos precisos- era difícil asimilar el "muro" donde aparecieron las joyas con la sepultura de Setefilla, así como la mayoritaria consideración sobre su homogeneidad tecno-estilística y su agrupación en una época concreta, desde la segunda mitad del s. VII al s. VI a.C. (Becatti, Blanco Freijeiro, Culican, Blázquez, Almagro Gorbea…). Aun admitiendo la dificultad de negar la procedencia de las alhajas de una o varias sepulturas, Nicolini se alineó, a partir de la diversidad técnica, estilística y temática de las piezas, con quienes habían propuesto una cronología escalonada del conjunto (el Mélida más maduro, García-Bellido o Moscati) y planteó una diferenciación de hasta tres grupos de joyas importantes, fechados gradualmente entre el primer o segundo cuarto del s. VII y el primer cuarto del VI a.C., la segunda mitad del s. VI a.C. y entre finales del s. VI y comienzos del V a.C. Una hipótesis no compartida por A. Perea (1991: 163 y 210-211) que, pese a defender la heterogeneidad técnica del conjunto aliseño, asumió la "tesis funeraria" (incluido el paralelismo con Setefilla) y su datación en los ss. VII-VI a.C., si bien anotando la relación de las joyas con (al menos) las tumbas de un hombre y una mujer. Pese a los sustanciales avances tecno-tipológicos sobre el tesoro, en lo contextual se retomaba -sin saberlo- la idea inédita de la pareja rubricada por Orti en mayo de 1920.

En una dirección muy diferente se pronunciaría poco después S. Celestino (1995: 75) que, influido en un principio por un trabajo de Bendala (1994: 100-101) sobre la Dama de Elche donde se proponía la existencia de imágenes de madera vestidas con preseas integradas en ambientes sacros orientalizantes como el del Carambolo, vincularía las alhajas aliseñas con el culto y la representación de una divinidad. Una idea en la que insistiría posteriormente con la mente puesta en los nuevos hallazgos del Carambolo (y otros sitios no funerarios, como Cancho Roano), que asociaban su afamado tesoro con un santuario fenicio:

> [El Tesoro de Aliseda] debió de formar parte del acerbo (sic) ritual de un centro religioso indígena y que su ocultación fue consecuencia bien de un acto o rito de amortización o de protección de elementos sacros ante la presencia de una circunstancia constrictiva que amenazaba su seguridad, o bien que se tratara del tesauros de la comunidad (Celestino y Salgado, 2007: 597-598; Celestino, 2014: 204).

A modo de síntesis, podría decirse que la obligada e inevitable valoración diferida del contexto perdido de las alhajas aliseñas, guiada por la búsqueda de sus reflejos en los hallazgos disponibles en cada época (tumbas de la Punta de la Vaca, Regolini-Galassi y Vix, necrópolis de Setefilla, santuario del Carambolo…), ha devenido con el tiempo en un debate circular difícilmente superable. Sin embargo, la fortuna de localizar en 2011 a las afueras de Aliseda restos protohistóricos en una parcela del paraje de Las Cortinas, colindante al lugar del hallazgo del tesoro, nos abrió la oportunidad de aproximarnos a su desaparecido contexto y, por ende, buscar sus reflejos más cercanos.

2. EL CONTEXTO DEL TESORO: RECUPERACIÓN PARCIAL DE UNA ASIGNATURA PENDIENTE

El paraje de Las Cortinas se corresponde con una antigua loma situada a tan solo 180 m al norte del pequeño altozano del Ejido de Aliseda donde apareció el tesoro en 1920. Ambos parajes forman parte de un mismo espacio actualmente muy transformado y en gran medida urbanizado, pero cuya restitución virtual nos remite a un "paisaje singular" en el piedemonte de la Sierra del Aljibe, conformado por suaves lomas entre cursos de agua de diferente caudal que vertían a la rivera de Aliseda, afluente del río Salor, tributario a su vez del Tajo (Gómez *et al*., 2015) (Fig. 3). En dicho panorama despunta el poblado de la referida Sierra del Aljibe, gestor de su entorno agropastoril, forestal y metalogenético (mina de hierro Pastora) y controlador del paso que conecta las cuencas hidrográficas del Tajo y Guadiana, separadas en esta zona por el cordón serrano de la Sierra de San Pedro. Un sitio estratégico cuya estratigrafía ofrece una secuencia continua entre el Bronce Final-Orientalizante y el Postorientalizante (u Orientalizante Final), y -tras un hiato- una ocupación romano-republicana (Rodríguez y Pavón, 1999).

Por su parte, las excavaciones realizadas en Las Cortinas (2011-2013) se concentraron en un área de unos 220 m^2 de superficie, ubicada en el tercio superior de la loma que fue, hoy reducida a una parcela trapezoidal flanqueada por viales y construcciones diversas. La secuencia vertical y horizontal constatada en este espacio -articulada en dos grandes fases y varias subfases (IA-D y IIA-B) datadas por ^{14}C entre 680-350 a.C. (2630±30 BP-2300±40 BP)[5]- es en buena parte coincidente con

[5] Las dataciones de ^{14}C obtenidas en Las Cortinas fueron: Fase IA: 2630±30 BP (825-790 cal AC, 2 sigmas) (Beta-382234) y 2400±30 BP, con tres segmentos de calibración: 730-690, 660-650 y 540-400 cal AC (Beta-403353); Fase IIA: 2300±40 BP, con dos segmentos de calibración 410-360 y 290-240 cal AC, situándose la intersección de la fecha radiométrica con la curva de calibración en 390 cal AC (Beta-306994).

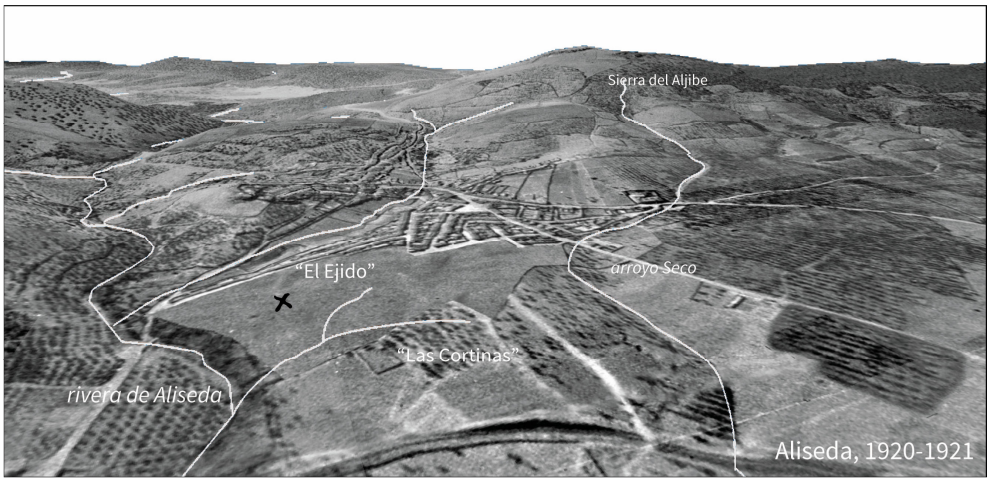


Figura 3. Reconstrucción del paisaje de Aliseda hacia 1920-1921. (Gómez *et al.,* 2015).

la sucesión de horizontes protohistóricos del poblado, aunque sus restos -ya publicados en detalle (Rodríguez *et al*., 2015a)- se han identificado funcionalmente con un "círculo ritual" por las razones que a continuación sintetizamos.

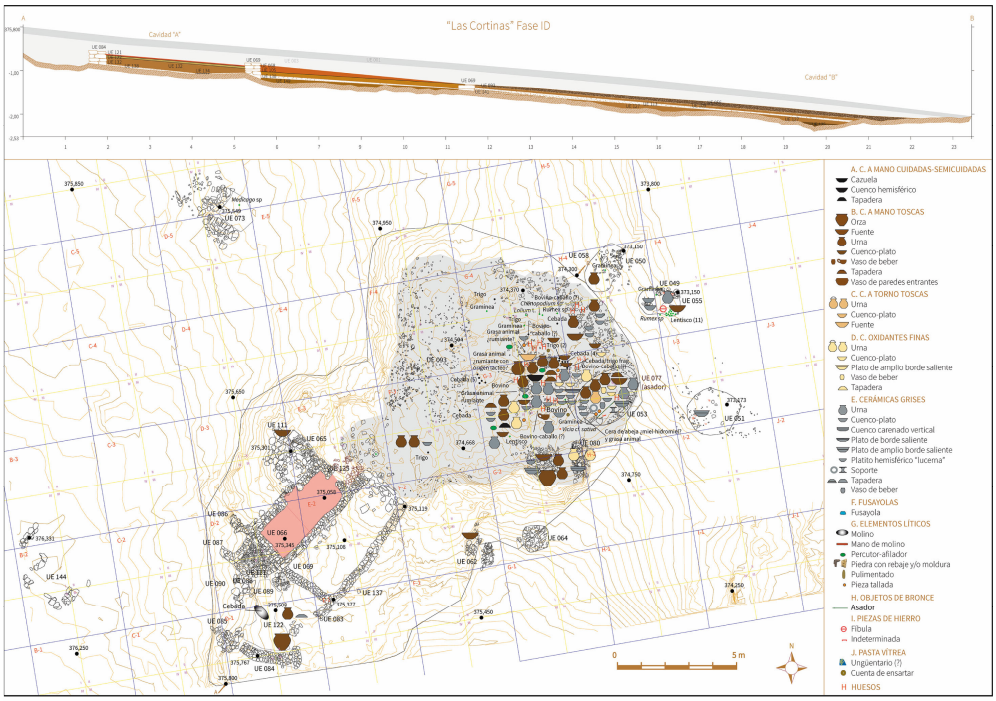
2.1. EL "CÍRCULO RITUAL" DE LAS CORTINAS

Las evidencias más antiguas en este punto se remontan al menos a los ss. VII-VI a.C. En concreto, se trata de la excavación en el subsuelo arcilloso de dos cavidades (A y B) interconectadas, ambas de tendencia circular y orientación SO-NE, con dimensiones y proyecciones funcionales diferentes pero relacionadas (Fase IA). Pequeñas fogatas ligeramente rehundidas y dispersas por sus fondos -rellenas de cenizas, carbones, semillas y algunos fragmentos cerámicos- traslucen un posible acto de consagración o purificación inicial de estas dos grandes cavidades protagonizado quizá por un reducido grupo de personas -a lo sumo, dos o tres- con capacidad y rango reconocidos para llevarlo a cabo. Así se infiere de los magros rastros de sendos "servicios cerámicos" de urna-cuenco amortizados en el fuego principal de los documentados, justo en la zona de conexión entre ambas subestructuras (Rodríguez *et al.*, 2015b: 36-37, fig. 5). Estas dos cavidades, comunicadas y formando una única fosa consagrada mediante el fuego, constituyen evidencias de alto contenido simbólico (ctónico) que, además, podrían sugerir una suerte de dualismo enlazado y vinculado a un orden o estado de cosas instituido y arraigado en el paisaje singular de Las Cortinas. En síntesis, la evocación del vínculo que fundamentó la realidad social

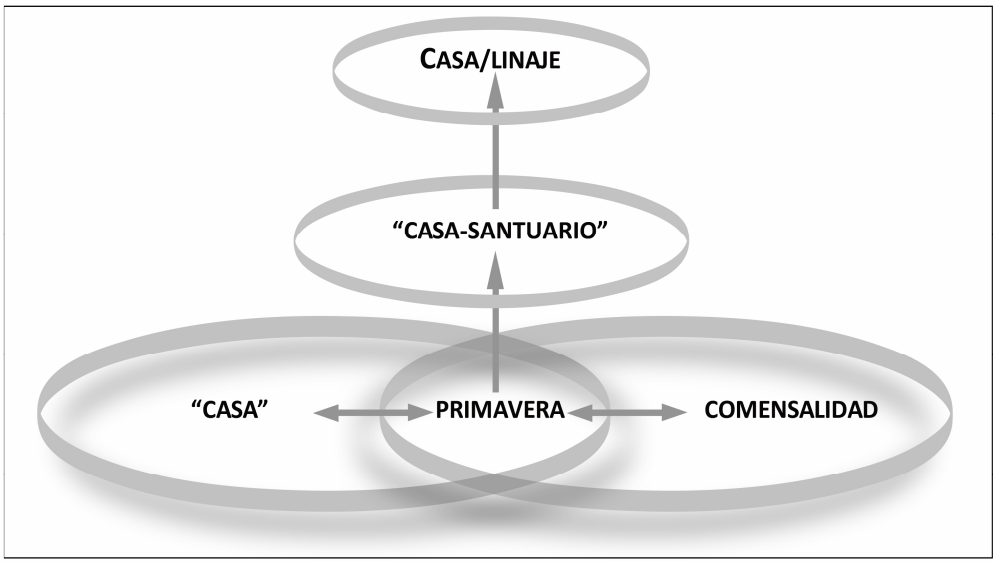
subyacente de sus artífices y protagonistas por cuanto dicho espacio rehundido -"dúo y uno" a la vez- acogería enseguida estructuras, materiales y acciones en sí mismas habituales en la vida cotidiana, pero en este contexto enfatizadas periódicamente. De este modo, en el interior de la cavidad A (de 11,50 m de longitud, 10,50 m de anchura y 0,62 m de hondura máxima en el centro y decreciente hacia los extremos), de inmediato comenzó la construcción de un habitáculo singular en torno al cual proseguirían reedificaciones, adiciones de anexos y nuevas construcciones en las subfases siguientes, hasta su amortización premeditada bien avanzado el s. VI a.C. (Fig. 4A).

La singularidad de esa primera edificación radica en su métrica, estructura y el color de su pavimento (Fase IB). Se trata de una estancia rectangular de 4,40 por 2,20 m, modulada respecto a la longitud de un pie de 0,28 m (por tanto, de 16 por 8 pies) y orientada en la misma dirección SO-NE que las cavidades A-B (Pérez Gutiérrez, 2015: 253-255), cuya planta conocemos por la relativamente buena conservación de sus zócalos de mampostería de piedra local. Su entrada estaba dispuesta en el centro del muro noroeste y, como anomalía particularmente destacable, presentaba también una abertura de un pie de ancho centrada en el paramento nordeste, a modo de estrecho ventanal rasgado. El suelo de este espacio, con suave escalón en un punto intermedio, consistió en una fina capa de arcilla rojiza, diferente al del resto de edificaciones añadidas y sin ningún tipo de estructura auxiliar ni cultura material en su superficie. Como en su día anotamos, son rasgos que recuerdan los de ciertas edificaciones orientales y orientalizantes, distribuidas desde el Próximo Oriente al suroeste peninsular, a las que se atribuye un significado religioso (Rodríguez *et al*., 2015b: 68-71, con bibliografía).

En momentos sucesivos, esta estancia primigenia y limpia de restos materiales fue dotada de un porche medio enlosado en su fachada abierta al NO y un cuidado empedrado al exterior del muro nororiental del vano rasgado; y complementada en su parte latero-posterior con una estancia-almacén de tendencia rectangular (5,10 m de longitud, por 2,20 m de anchura en el fondo y 1,60 m en su entrada empedrada) generando un núcleo constructivo doble y una zona doméstica exterior semicubierta con un hogar y un horno panero (Fases IC-ID). Todo ello acabó configurando una edificación con las esferas propias de una "casa" (un área reservada-privada, otro de almacenaje y un espacio doméstico externo), si bien embutida en una oquedad abierta en el tercio superior de esta pequeña loma. Un hecho paradójico que -como enseguida veremos- interpretamos como posible alegoría o expresión ritualizada de la entidad organizativa de este grupo humano a nivel social y simbólico.



A



B

Figura 4. A) Fase ID del "círculo ritual" de Las Cortinas; B) Propuesta de su interpretación funcional y social.

Por su parte, en la cavidad B (algo más oblonga que la A, con 13 m de longitud, 10,50 m de anchura y una máxima profundidad central de 0,98 m), y en paralelo al proceso constructivo recién sintetizado, se acumuló una sucesión de capas de cenizas y carbones (que contenían concentraciones perimetrales más o menos definidas de cerámicas rotas, restos de fauna, semillas y elementos arqueológicos variados), intercaladas con otros tantos lechos de piedrecillas de arrastre que sugieren periodos de inactividad en medio de una dinámica discontinua de prácticas periódicas de comensalía[6]. Para estas se emplearon grandes fuentes y platos carenados, urnas y cuencos hemisféricos de las mismas familias cerámicas ya constatadas en el poblado, a fin de servir y consumir viandas elaboradas con cereales, grasas vegetales, carnes diversas e hidromiel-miel (Castaños, 2015; Pérez Jordà, 2015; Sánchez Vizcaíno *et al*., 2015). El número de participantes en estas comensalías se estima entre 20-40 personas, según el cómputo de los "servicios cerámicos" de urnas-cuencos registrados, amén del personal auxiliar dedicado a tareas como la recogida de la leña, el fuego, el sacrificio de los animales, el asado, la molienda, la panificación, etc. En los momentos finales de estas celebraciones (Fase ID), se excavaron incluso algunas fosetas alrededor de la cavidad B que, en aquellos casos no expoliados de antiguo, han deparado algunos materiales significativos, entre los que destaca un gran asador de bronce de tipo "andaluz" de 105 cm de largo (Fig. 4A).

El estudio antracológico de las maderas carbonizadas recuperadas en esta suerte de *bothros* en que se convirtió la cavidad B ha permitido plantear una determinada época del ciclo anual en la que se realizaron dichos actos de comensalía. Así, la observación anatómica vegetal de sus carbones (en particular, los de jara, un combustible idóneo para iniciar los fuegos) ha demostrado que el comienzo de su crecimiento anual quedó truncado justo al empezar a desarrollar un nuevo anillo de crecimiento, con presencia del leño temprano; lo que apunta en nuestras latitudes al comienzo de la primavera como el momento en que fueron cortados y posiblemente quemados (Duque, 2015).

Pero no es el único dato que señala a la significación de esa época del calendario para las gentes de Las Cortinas. En este sentido, la orientación SO-NE de las cavidades A-B y del propio habitáculo de suelo rojo y vano rasgado en su muro noroeste llevaron a tomar el eje longitudinal de este último como base de los cálculos en relación con el horizonte visible y la simulación del cielo en Aliseda *ca*. 600 a.C. Estos han reportado una clara vinculación del eje mayor de la estancia al orto helíaco

[6] Es probable que esta subestructura fuera limpiada al colmatarse cada cierto tiempo, lo cual podría justificar las dataciones más antiguas de los restos de la Fase IA y la tipología más evolucionada de los materiales más recientes (Fases IC-ID).

de la estrella Arturo, que es la tercera en brillo de la esfera celeste y, por tanto, una de las más perceptibles y significativas del firmamento. Además, en aquella época dicho fenómeno (es decir, la primera manifestación de Arturo en axialidad del contexto arqueológico en estudio) sucedería tras la puesta de sol a mediados de marzo, con el anuncio o despunte de la primavera que culminaría días después en el equinoccio (Pérez Gutiérrez, 2015: 256-260; Pérez Gutiérrez *et al*., 2016); un acontecimiento calendárico de hondo significado -el renacer de la naturaleza tras el parón invernal- para las culturas ancestrales y mediterráneas y que invita a valorar e integrar en un todo el paisaje, el celaje y la doble fosa que acogió los restos ritualizados de comensalías y la "casa" de Las Cortinas.

Todo ello nos ha llevado a valorar funcionalmente este escenario significativo y hasta cierto punto complejo como un "círculo ritual" o "casa-santuario", asimilable en términos sociales a un grupo humano extenso, de rango y capacidad suficientes para participar durante largo tiempo en estas señaladas celebraciones; es decir, un linaje (de carácter patri- o matrilineal) de los que integrarían el poblado de la Sierra del Aljibe, o bien una "Casa" comparable o afín en mayor o menor medida a la concepción de Casa de Lévi-Strauss (1979: 147-150) (de naturaleza cognaticia-bilateral) en función del sentido alegórico dado al carácter "dúo y uno" de las fosas entrelazadas, evocando quizá el vínculo o la alianza que amparó la "casa ritualizada" semienterrada de la cavidad A (también estructurada en dos habitáculos principales) y los restos de las periódicas comensalías contenidos en la cavidad B. En suma, un posible indicio en negativo de la entidad social que fundamentó la vida y el imaginario de sus protagonistas (Fig. 4B). Sin embargo, dicho escenario, como otros con significado trascendente, fue finalmente amortizado de una forma premeditada por quienes periódicamente allí se concitaban.

Dicha amortización, que debió de suceder en los comedios del s. VI a.C. o poco después, consistió en el derribo y relleno de las estructuras de la cavidad A, que acabaron convirtiéndose en un ligero túmulo, aunque claramente perceptible; y la construcción sobre las cenizas de la cavidad B de una nueva "casa" (Fase IIA) peor conservada, pero con toda probabilidad vinculada a la precedente. Con un diseño más simplificado, una modulación distinta, una orientación N-S y con la puerta probablemente abierta al E, esta restitución de la "casa-santuario" de Las Cortinas se vincula igualmente a restos de comensalías fosilizados bajo empedrados más o menos regulares y de mayor o menor entidad constructiva. Todo ello nos sugiere un tiempo distinto, celebraciones quizá más austeras y no sabemos hasta qué punto limitadas ya al momento del equinoccio de la primavera (Rodríguez *et al.*, 2015b: 58-65). En todo caso, hacia finales del s. V o comienzos del s. IV a.C., el sitio de Las

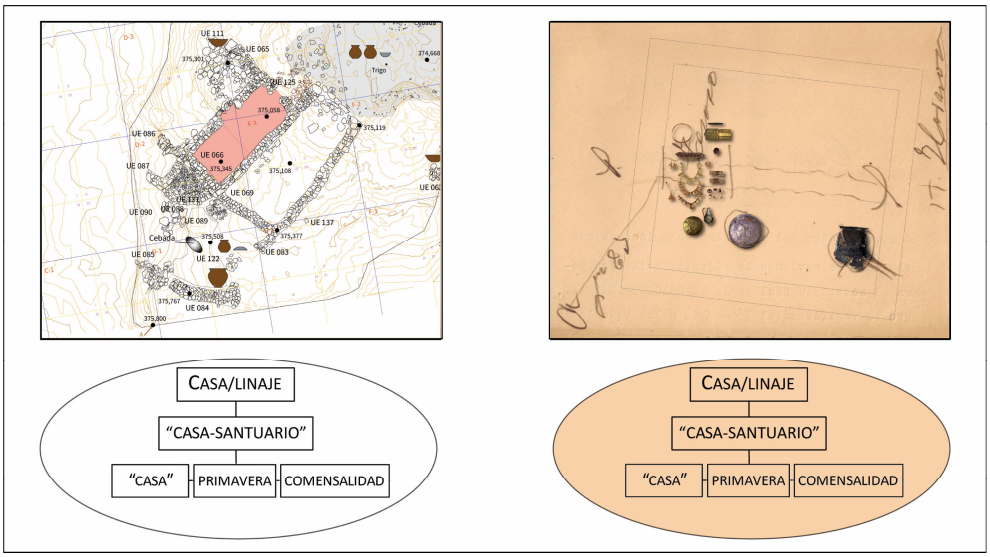
Cortinas fue abandonado (Fase IIB) como también lo sería el poblado de la Sierra del Aljibe en un contexto de crisis que marcó el devenir de la protohistoria extremeña.

2.2. DE LAS CORTINAS AL EJIDO: UN "JUEGO DE ESPEJOS"

El hecho de integrarse en un mismo paisaje y tiempo histórico (pues *grosso modo* la crono-tipología de las alhajas concuerda con los siglos propuestos para el "círculo ritual" de Las Cortinas) justifica que hayamos intentado buscar el reflejo del contexto y significado del Tesoro de Aliseda en el inmediato paraje de Las Cortinas. Como una suerte de "juego de espejos" y con la obligada cautela, proponemos ahora comparar lo que sabemos -directa e indirectamente- de lo hallado en ambas localizaciones, contiguas y apenas separadas por el arroyo de Las Cortinas, para testar la viabilidad de los tres contextos históricamente supuestos para las joyas de Aliseda y, en última instancia, su significado.

Obviamente, todo ello pasa por confrontar primero la naturaleza de los restos de Las Cortinas con lo que los testimonios sobre los del Ejido nos permiten inferir. Así, resultan particularmente sugerentes las analogías entre las estructuras excavadas en la primera localización y las descubiertas en 1920 en la segunda. A las reseñas que sobre estas nos dejaron los testigos locales (el médico y el boticario del pueblo, quienes -como ya vimos- coincidieron en la existencia de un murete sencillo de mampostería), habría que añadir el croquis que el secretario del Ayuntamiento de Aliseda, Leopoldo Zugasti, garabateara a Mélida en un viaje a Madrid realizado por la corporación municipal en junio de 1920. Un documento de enorme interés, conservado en el archivo de Victoria Mélida, que constituye a un tiempo un excelente complemento de los testimonios referidos y la única plasmación gráfica conocida hasta hoy del microespacio del tesoro (Rodríguez *et al*., 2014: 95-96). Baste recordar al respecto, más allá de la explícita mención al tesoro y otras expresivas marcas, la referencia de J. Acedo girada a Mélida sobre la posición al otro lado del murete donde estaban las piezas de oro del "brasero de plata cartaginés y otro vaso análogo del mismo metal". Algo posterior, fue la carta en que el mismo farmacéutico trasladó al director del MAN las primeras impresiones de Cabré al comenzar su exploración en Aliseda en noviembre de 1921, cuya alusión a "unos cimientos de viviendas pobrísimas y pequeñas (es muy posible que no haya mas que dos)" no desentona en absoluto con las precarias estructuras registradas en Las Cortinas (Fig. 5A). Asimismo, la recuperación en los fondos antiguos del MAN de un lote de materiales (semillas de trigo carbonizadas, pequeños huesos de fauna y una punta de hierro de un posible asador) etiquetado con la misma signatura del tesoro (1920/34/7) podría dar fuerza a esta

propuesta, si bien su datación de 2210±30 BP (345-195 cal AC, 2 sigmas) (Beta-403352) genera razonables dudas sobre su cronología (Rodríguez *et al.*, 2015c).



A

B

Figura 5. A) El "juego de espejos" Cortinas-Ejido (Rodríguez *et al.,* 2015b); B) Recreación virtual de las "casas-santuario" de Las Cortinas y El Ejido (J. D. Carmona).

En cualquier caso, sondeada la gran sintonía de los restos hallados en los que no dejan de ser sendos sectores de una misma realidad contextual, cabe retornar al lugar donde dejamos las tres hipótesis sobre el continente y el significado del tesoro. La "hipótesis funeraria", que no se ha visto refrendada en Las Cortinas, procede igualmente desecharla para el contexto particular del tesoro hallado en El Ejido de Aliseda, una vez valorada la experta opinión de Cabré ("no puede pensarse en la existencia de necrópolis ninguna") tras tomar contacto con el lugar del hallazgo. La "tesis de la ocultación", es decir del escondrijo aislado o descontextualizado, tampoco puede sostenerse porque sus trabajos de 1921 propiciaron el descubrimiento de un contexto, consistente en dos humildes habitáculos. Finalmente, la "tesis del santuario y/o el tesauro de la comunidad", fundada sobre los débiles argumentos que ya se han expuesto, choca con la evidencia de que, ni en El Ejido ni en Las Cortinas, puede hablarse de un edificio de cierta entidad u organizativamente complejo (pues no se tiene constancia de plataformas, hogares, mesas de ofrendas, bancos, suelos de conchas, betilos, estelas, exvotos, tesauros, esculturas ni imágenes de culto para vestir), como debería esperarse de un santuario más o menos permanente e institucionalizado.

Por el contrario, aunque se reconozcan prácticas ceremoniales en Las Cortinas, estas sugieren otra escala, la del "círculo ritual", vinculado a un grupo -linaje o Casa- y un ámbito menos sofisticado o más ancestral, en torno al cíclico renacer de la vida. De ser así, indirectamente podríamos considerar el contexto del tesoro tal vez como otro "círculo ritual" integrado en el paisaje simbólico que venimos caracterizando, aunque en este caso vinculado al linaje de aspiraciones "principescas" comparable con los reconocidos en ciertas necrópolis tartésicas (Aubet 1984; Martín, 1996; Torres, 2002, etc.) o bien la Casa aristocrática de Aliseda en torno a la que debió gravitar la periódica celebración de la primavera o del resurgir de la naturaleza, entre las ceremonias más relevantes de su ciclo anual (Fig. 5B). En este sentido, consideramos que esta lectura sobre las alhajas de Aliseda contextualizadas en el paraje ritual Cortinas-Ejido sugiere -como ya vamos entreviendo y seguiremos viendo- no pocos indicadores arqueológicos de una Sociedad de Casa enunciados recientemente por algunos autores: la bilateralidad-dualidad, el simbolismo, la riqueza material e inmaterial, el rango y el poder, la autoperpetuación y legitimación, la familia extendida, la dialéctica jerarquía-heterarquía, la competencia, etc. (González-Ruibal y Ruiz-Gálvez, 2016).

Pese a sus claras diferencias entre sí en la concepción y regulación de la ascendencia, el matrimonio, la herencia, la residencia, etc., ambas unidades organizativas (el linaje "aristocrático-principesco" y la Casa) comparten su afán por trenzar relaciones de parentesco, alianzas y -en un grado intensivo en el caso del primero y más extensivo en el segundo- de clientela, con el objetivo de mantener, acrecentar y

transmitir sus riquezas y rango en un probable ambiente de competencia y -en nuestro caso- por la primacía y el control del poblado (sobre la familia, *gens* y clientela: Torelli 1996: 77-80; Ruiz 2000; sobre la Casa, relaciones de parentesco y clientela: Lévi-Strauss 1979: 148-150, 1987: 152; Gillespie 2000: 25). Pero aparte de esta valoración más acotada de la *Maison* lévi-straussiana (con su propia variabilidad) debe tenerse muy presente la constatación etnográfica e histórica de una gran diversidad de sociedades centradas difusamente en la Casa, en las que incluso en ciertos ámbitos las Casas y los linajes se entrecruzaron[7]. A pesar de todo ello y a las limitaciones y riesgos que entraña, se reconoce un gran potencial al análisis arqueológico de la Casa en general (Gillespie, 2000 y 2007).

De cualquier forma y a la espera de lo que la investigación futura pueda deparar sobre el poblado de la Sierra del Aljibe (apenas explorado), de su necrópolis (todavía por localizar) y de su marco territorial (desigualmente documentado) para decantarnos en este "sendero bifurcado" hacia el linaje o la Casa (lévi-straussiana u otra variante)[8], nuestra hipótesis sobre el sentido ceremonial del tesoro y la exaltación de la primavera se compadece bien con la exuberante iconografía de las joyas: la omnipresente roseta -viejo símbolo mediterráneo para expresar la fecundidad ligada a Astarté- atestiguada en el brasero y especialmente en la diadema, las palmetas y cadenas de flores con aves libando de las arracadas, las espirales a modo de zarcillos y palmetas de los brazaletes y los apliques de vestimenta, los colgantes de los collares con el creciente lunar con el disco solar (?) o la serpiente, etc. Motivos todos ellos cuya vinculación con el ciclo de la vida y la renovación o resurrección personal es mayoritariamente admitida (*e. g.* Perea, 1991: 195-196, 2005a: 1.084, 2006: 52-53; Olmos, 2007-08; Almagro Gorbea, 2008: 375; Le Meaux, 2010; Baring y Cashford, 2014: 88-89, etc.).

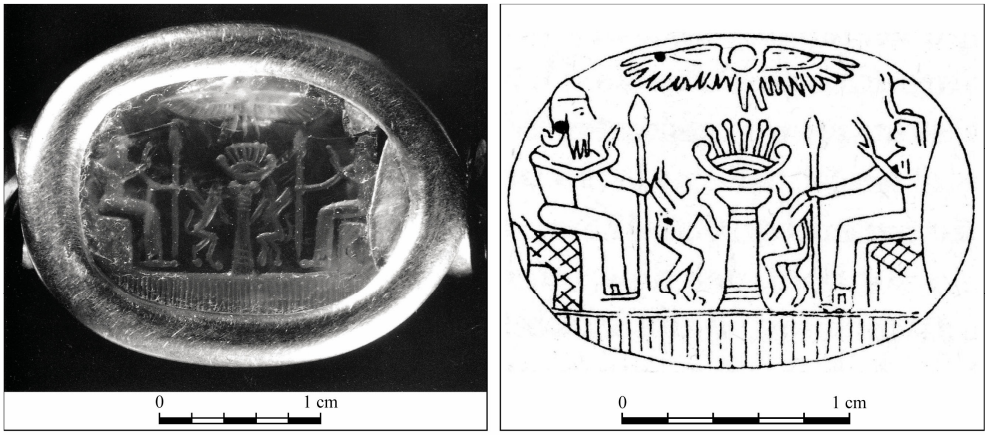
En esta misma línea, cabría considerar incluso la escena nilótica de uno de los anillos (alusiva tal vez a las "aguas primigenias") y la del gran colgante de amatista.

---

[7] Nos referimos a algunas sociedades indonesias donde las Casas se dividían en linajes, mientras que en otras los linajes o clanes se componían de Casas (Gillespie, 2007: 28).

[8] Con este planteamiento posibilista entre el linaje o la Casa (en un sentido abierto y no encorsetado del concepto) pretendemos ante todo ensanchar el horizonte investigador sobre Aliseda y, por extensión, el de las "Casas políticas" orientalizantes-postorientalizantes del Guadiana medio (Rodríguez *et al*., 2018a: 252-253). Una hipótesis que difiere de los modelos de rango "monárquico-sacro" y naturaleza protoestatal o estatal que, inspirados en la figura de Argantonio, se han supuesto generalizados por buena parte del suroeste tartésico (Almagro Gorbea, 1996, 2013; Torres, 2002: 380; Almagro Gorbea *et al*., 2017). Propuesta esta cuando menos matizable desde la posible cohabitación de sistemas sociopolíticos diferenciados -jerárquicos, heterárquicos e incluso de cierta autarquía- que la arqueología comienza a entrever en los heterogéneos patrones territoriales del suroeste peninsular, quizá reflejo de las distintas respuestas dadas por las comunidades y élites locales a los estímulos y códigos tartésico-orientalizantes adoptados-adaptados a través de las redes interregionales de intercambio y contactos variados (Aubet, 1984, 1990; Rodríguez y Enríquez, 2001; Rodríguez *et al*., 2018a, 2019).

Esta última (Fig. 6A), como es sabido, está protagonizada por dos figuras vestidas con traje talar, tocadas y sentadas frente a frente, que portan en una de sus manos sendos cetros coronados con una hoja/punta, en tanto la otra permanece alzada en actitud orante ante un árbol de la vida (una columna rematada con una palmeta de la que brotan,



A

B

Figura 6. A) Escena del escarabeo de amatista (MAN y Blanco Freijeiro, 1956); B) Infografía de la pareja portadora de las alhajas de Aliseda (J. D. Carmona).

a modo de flores, cinco trazos verticales engrosados en sus extremos), flanqueado por dos grifos o esfinges rampantes. Todo ello queda comprendido entre un área inferior rellena con trazos verticales que marca el suelo-tierra (escabel, cesta o signo *nb*) sobre el que se asienta la escena y el disco solar alado que la ampara desde lo alto.

Como es conocido, la lectura de esta pieza está dividida entre quienes han considerado que una de dichas figuras pudo ser femenina y los que estiman que ambas son masculinas. En el primer grupo, hemos de referir a Blanco Freijeiro (1956: 43), Blázquez (1975: 131), Boardman (2003: 65) o Nicolini (1990: 384), que incluso diferenció razonadamente el sexo de las esfinges integrándolas en un marco divino de contraposición complementaria de los principios "Masculino/Femenino". Una lectura esta que podría ligar dichos personajes divinos y/o regios a la "pareja liminar o primordial" (Tejera y Fernández, 2020: 214). Sin embargo, Almagro Gorbea y Dávila (2016: 182 y 185) creen que las dos figuras entronizadas de esta composición son divinidades masculinas (Baal y Melkart o el dios El por su carácter doble) al portar cetros y apreciarlas barbadas.

Fuera de un modo u otro, todo parece indicar que ambos personajes protagonizan a partes iguales una escena vinculable a la exaltación-sacralización de la regeneración de la vida. Dicho de otra forma, la recreación mítica de una ceremonia de marcada significación simbólica y política asentada en la iconografía oriental y orientalizante, adoptada y adaptada-manipulada a la conmemoración de la primavera en la periférica realidad interior de Aliseda. Una celebración que, en nuestro caso, pudo liderar la pareja del linaje o de la Casa aristocrática oficiando de mediadora con la divinidad o divinidades de la fecundidad e incorporando mediante mecanismos diversos los emblemas y mensajes del poder extendidos por todo el Mediterráneo (Fig. 6B). Códigos político-religiosos que constituirían, por un lado, espejos de autentificación y perpetuación de esta élite frente al resto de los linajes/Casas de este enclave y su dominio territorial; y, por otro, verdaderos nexos de interacción y pactos con otras élites regionales o suprarregionales (Rodríguez *et al.*, 2019: 112-113). En síntesis, podría decirse que esta joya sustanciaría gran parte del carácter emblemático, político y simbólico del conjunto aliseño. Una suerte de simbiosis entre el mito y la realidad.

3. SOBRE EL USO Y SIGNIFICADO DEL TESORO DE ALISEDA: PUNTO Y SEGUIDO UN SIGLO DESPUÉS

Posiblemente, una de las aportaciones más significativas de nuestra investigación archivística y arqueológica sobre el Tesoro de Aliseda haya sido la de comprobar que

en el paraje del hallazgo no existió una tumba de prestigio o una necrópolis, ni tampoco un escondrijo aislado o un santuario estable y de culto continuado al estilo de otros conocidos en el suroeste tartésico. Por el contrario, como se ha dicho, el registro arqueológico obtenido en Las Cortinas y sus notables similitudes con el recuperado por Cabré en el colindante Ejido nos han llevado a identificar esta zona con un "espacio singular" de carácter ritual, organizado en círculos ceremoniales o "casas-santuario" en los que periódicamente los principales linajes/Casas del poblado celebrarían el comienzo de la primavera: desde su anuncio por el orto helíaco de la estrella Arturo (hacia mediados de marzo) hasta su inicio propiamente dicho en el equinoccio pocos días después. Fue en ese espacio de suaves lomas vertebrado por pequeños cursos de agua, que ensancha la tipología conocida de los escenarios rituales en la protohistoria peninsular (*e. g.* Moneo, 2003), donde se enterraron, de manera premeditada y quizá con cierta liturgia, las alhajas en un momento crítico de mediados del s. VI a.C., o bien en el tránsito de los ss. V-IV a.C. como argumentaremos más adelante.

3.1. DE ALHAJAS PARA MUERTOS O DIOSES A JOYAS DE VIVOS

Entendida como punto y seguido en la centenaria historiografía del tesoro, una primera inferencia de todo ello es que las joyas y objetos rituales de Aliseda no fueron exequias funerarias ni ofrendas o vestiduras para dioses, sino que pudieron ser -a nuestro juicio- prestigiosos y valiosos elementos de vivos, dotados de una fuerte carga simbólica y sociopolítica a tenor de su rica y variada iconografía, enterrados durante una coyuntura crucial e irreversible en un espacio vital del paisaje y el imaginario de sus contemporáneos. Una idea que, como enseguida veremos, nos ha animado a redefinir conceptualmente el conjunto aliseño tras remirar, a través del filtro de los nuevos datos contextuales, algunos de los aspectos clave de la poliédrica investigación de las joyas. En particular, aquellos relacionados con la conformación del tesoro, la cronología y el uso de las piezas que lo integran.

Respecto a su configuración, resulta asumible que -aunque incompleto- no se trata de un acopio heterogéneo de objetos diversos, sino de un conjunto coherente y estructurado en el que se vienen reconociendo hasta tres categorías de piezas y -no sin controversia- su asignación de género. De este modo, frente a la identificación exclusivamente femenina de las alhajas y de su vocación funeraria mantenida por algunos autores (*e. g.* Jiménez, 2013: 60; Almagro Gorbea y Dávila, 2016: 188), A. Perea (1991: 163, 2006: 52) distinguió entre joyas de uso y carácter femenino y adornos masculinos, amén de los objetos rituales. Admitiendo con reservas su procedencia de al menos dos tumbas y con la prevención de no contar con estudios antropológicos o sobre ajuares

diferenciados por género para la época, dicha autora incluyó dentro del primer grupo la diadema o banda de extremos triangulares y un posible fragmento de otra (o de un cinturón), las dos arracadas, los posibles tres collares, los dos brazaletes, los apliques de vestimenta y los anillos más pequeños. Por otra parte, en función de su tamaño e iconografía, Perea relacionó con el hombre el cinturón con su reiterada representación de la lucha hombre-león, la gran torques[9], la mayoría de los anillos y el emblemático colgante de amatista. En este mismo grupo masculino cabría valorar el espejo, si nos atenemos -por ejemplo- a su frecuente presencia en las estelas de guerrero del Bronce Final o probablemente en la aristocrática tumba 17 de la necrópolis orientalizante de La Joya (Celestino, 2001: 165, fig. 33; Garrido y Orta, 1978: 100). Sin una adscripción definida de género, el conjunto de elementos rituales estaría compuesto por la pátera de oro, el gran recipiente de plata recientemente restaurado[10], el "brasero" también de plata y el jarro de vidrio con inscripción jeroglífica[11]. Al respecto y amén de la materialidad de las piezas aliseñas, tal vez convenga apuntar la vinculación del juego "jarro-brasero/aguamanil" de bronce (de debatida funcionalidad) a hombres de alto rango en ciertas necrópolis tartésicas, confirmada en algún caso por estudios antropológicos (Belén, en este volumen).

Siendo esta una propuesta plausible en términos generales justo es admitir también la variable atribución de género a objetos rituales y de prestigio constatada en diferentes contextos espacio-temporales (*e. g.* Díaz-Andreu, 2005; Chapa e Izquierdo, 2010; López-Bertran, 2011: 53; Belén, 2012: 188, etc.). Sin perder de vista esta evidencia, el conjunto de Aliseda deja entrever, no obstante, una configuración estructurada en torno a la dualidad y/o la complementariedad de los principios básicos de la vida (Masculino/Femenino) iconográficamente sugeridos en Baal y Astarté, que -como se viene proponiendo- bien pudo encarnarse en la prestigiosa pareja con derecho a poseerlas y exhibirlas en ceremonias críticas (como la de la celebración de la primavera, entre otras) y que, ante el desconocimiento de la necrópolis aliseña, podría tener su trasunto en algunos espacios funerarios del sur y suroeste peninsular (*e. g.* Aubet, 1984; Ruiz y Molinos, 2018; Belén, en este volumen).

---

[9] No debe descartarse el posible carácter femenino de esta pieza, como se infiere de su presencia en las estelas-guijarro diademadas o "con tocado" precedentes (Celestino, 2001: 243, fig. 63; Díaz-Guardamino, 2010: 240-250) o las posteriores "terracotas" púnicas ataviadas con collares rígidos (Blanco Freijeiro, 1956: 15). En cualquier caso, se trata de un elemento indistintamente asociado a hombres y mujeres en la iconografía ibérica (Bandera y Molina, 2001-02: 184, con bibliografía).

[10] Además de este, todo parece indicar que existió un segundo recipiente de plata aún por recomponer, como ya observara Almagro Gorbea (1977: 213-214) (Rodero, 2014: 423-424).

[11] Sobre la lectura y significado de la inscripción del jarro v. Gamer-Wallert, 1976; Bonadies, 2020: 1.042-1.043.

Dicha estructuración dual del tesoro nos resulta también reconocible en la morfología y en la iconografía del colgante de amatista y los siete anillos conservados, verdaderos signos de poder e identidad de sus portadores (Perea y Olmos, 2018). Sin olvidar las identificaciones sugeridas por distintos autores de las posibles divinidades representadas en los escarabeos, algunas de ellas de carácter doble (Baal, Melkart, El) (Almagro Gorbea *et al.,* 2009: 85-87, con bibliografía), y de acuerdo con una posible distribución por pares de estas piezas, la dualidad aparece explícitamente expresada en los dos personajes sentados ante el árbol de la vida que protagonizan la escena ya comentada del emblemático colgante, así como en la entronizada figura bicéfala tetráptera del escarabeo de cornalina que porta en su mano izquierda el signo *ankh* egipcio (símbolo de la vida). Aunque sin par complementario conocido, con este primer grupo podría valorarse -al menos tipológicamente- el escarabeo de jaspe con un personaje barbado y con tiara, la mano derecha levantada y la izquierda sosteniendo un cetro rematado por una flor de loto muy estilizada. Como evocación de una "dualidad implícita" estimamos igualmente los dos anillos con doble escaraboide, cuyas monturas están decoradas con diferentes versiones del árbol de la vida. Un recurso simbólico este que comparte la sortija de cuatro escaraboides de caras humanas, expresión fractal de la dualidad y, tal vez, de la procreación. Por último, los dos anillos de chatón elíptico horizontal grabados con la figura de un jinete y una escena nilótica, alusiva quizá a las "aguas primigenias", completarían este singular conjunto. Una dualidad que, más allá de las propias alhajas, parece inferirse en las dos pequeñas habitaciones del Ejido donde aparecieron y en las estructuras arraigadas en el sustrato de Las Cortinas. Podría decirse que la dualidad se vislumbra como noción esencial y vertebradora de este escenario ritual y eje de la relación envolvente entre las cosas y los actos de sus protagonistas (Fig. 7).

Como aspecto ligado a la conformación del tesoro, la procedencia de las piezas también ha sido objeto de discrepancias. Sin entrar en detalles, se reconocen, por un lado, elementos importados del ámbito sirio-fenicio y mediterráneo (jarro de vidrio, colgante de amatista, escarabeos); y, por otro, producciones peninsulares que indistintamente se han vinculado a talleres coloniales (Gadir) o propiamente tartésicos, con rasgos y características propias (Extremadura-Écija) (diadema, arracadas, cinturón, etc.) (Almagro Gorbea, 1977: 219-221; Perea, 1991: 198-199 y 201-204, 2001, 2006; Blanco Fernández y Celestino, 1998, etc.).

Sobre la cronología de las joyas y el momento de su ocultación, como se ha dicho con anterioridad, se barajaron en un principio horquillas comprendidas entre los ss. VII-V a.C. que llegaron a prolongarse incluso hasta el s. II o I a.C. (Mélida, 1921, 1928: 508; Bosch, 1932: 330-331 y 345-346; García-Bellido, 1943: 40 y 49-

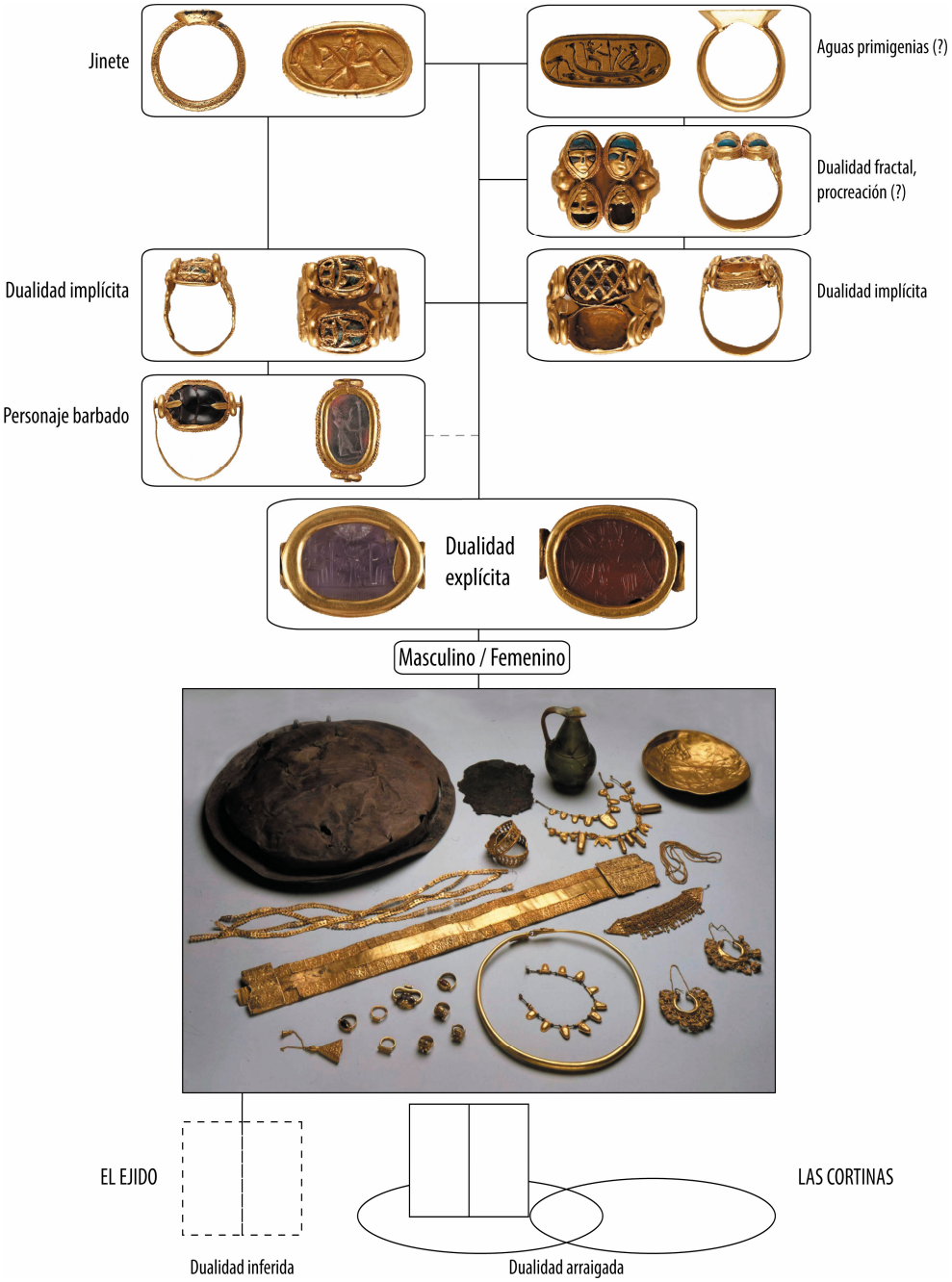


Figura 7. Posible configuración dual de los anillos y el colgante de amatista en el contexto del tesoro y su entorno arqueológico (MAN).

50). Sin embargo, la progresiva asunción de la tumba como opción contextual preferente para la investigación llevó a anclar la datación del tesoro en los ss. VII-VI a.C. (Blanco Freijeiro, 1956; Maluquer, 1970; Blázquez, 1975; Almagro Gorbea, 1977; Aubet, 1977-78, 1984; Perea, 1991, etc.).

No obstante y sin descartar de pleno el posible enterramiento de las joyas en el marco de la crisis tartésica (hacia mediados del s. VI a.C.), ya referida e igualmente contemplada en trabajos previos, los contextos documentados en el entorno del lugar del hallazgo permiten plantear la hipótesis de que, amén del estilo, tecnología y paralelos crono-tipológicos de la mayoría de las piezas (ss. VII-VI a.C.), el uso de este conjunto de alhajas pudo extenderse al menos hasta finales del s. V a.C. En concreto, nos referimos a la secuencia restituida en el propio paraje ritual del Ejido-Cortinas, balizada radiométricamente al menos entre los ss. VII-VI y V-IV a.C. (Rodríguez *et al.*, 2015b), y a la estratigrafía Bronce Final-Postorientalizante documentada a mediados de los noventa del s. XX en el poblado de la Sierra del Aljibe (Rodríguez y Pavón, 1999)[12]. Contextos ambos que, dicho sea de paso, se caracterizan por el marcado conservadurismo y el fuerte arraigo de sus materiales en las tradiciones tecnológicas precedentes, en general, y en la tipología cerámica, en particular, con una alta tasa de alfarería modelada hasta el s. V a.C.

Asimismo, dentro del repertorio iconográfico de las joyas, puede apelarse a la referida sortija o colgante[13] con un jinete grabado en el chatón, cuya rareza siempre llamó la atención de sus estudiosos, podría apuntar en esta misma dirección (Fig. 8A).

Contrario a la opinión mayoritaria sobre el carácter importado y la cronología antigua de esta pieza (Mélida, 1921: 28; Blanco Freijeiro, 1956: 45; Blázquez, 1975: 133; Almagro Gorbea, 1977: 209; Almagro Gorbea *et al*., 2016: 120, fig. 22), Nicolini (1990: 370) propuso su relación con la producción de un taller local de principios del s. V a.C. a tenor de su técnica, estilo e iconografía[14]. Momento éste en el que, por otra parte, se viene situando el declive de la temática orientalizante en favor de la iconografía ecuestre como reflejo de los cambios sociopolíticos e ideológicos de esta etapa. Sabido es en este sentido que Almagro Gorbea (1996), entre otros autores, viene relacionando desde hace tiempo los modelos políticos orientalizantes de carácter sacro con la iconografía oriental; un particular lenguaje del poder que, a lo

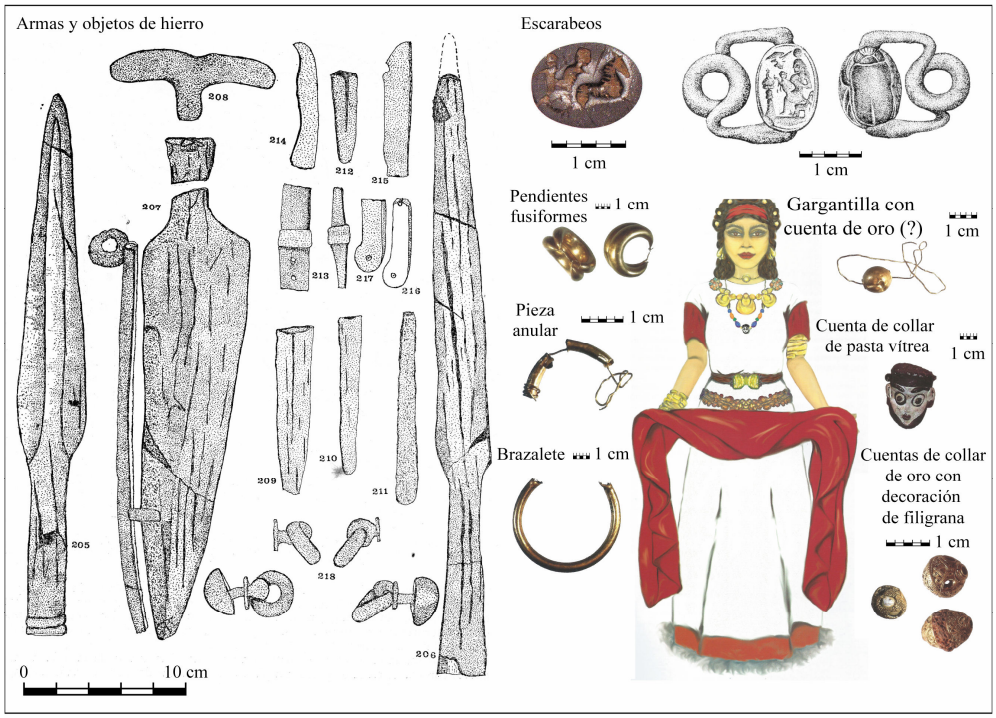
[12] Una secuencia en la que se encuadran sin dificultad los materiales cerámicos recuperados, al parecer, con el tesoro (Almagro Gorbea, 1977: 216-219).

[13] En función de su notable diámetro (2,4-2,5 cm), Perea (1991: 143) sugirió su posible utilización como colgante para llevar al cuello, lo que permitiría visualizar la ornamentación del aro (de volutas en filigrana sobre fondo granulado), muy desgastada en algunas zonas por el uso.

[14] En esta misma fecha situó también uno de los anillos con dos escaraboides (129) (Nicolini, 1990: 234).

largo de los siglos postorientalizantes, daría paso a una iconografía helénica materializada en soportes diversos y representativa de élites heroicas.

A



B

Figura 8. A) Sortija con jinete grabado de Aliseda (MAN); B) Elementos de representación de la élite-pareja aristocrática de la Casa de Cancho Roano (a partir de Maluquer, 1981 y Celestino, 2000).

Un reflejo de ello en el ámbito extremeño se vislumbraría -según este autor- en la glíptica de Cancho Roano, donde coexisten los sellos de temática sacro-orientalizante y heroica, con jinete o auriga o con guerrero armado (Conde, 2003; Almagro Gorbea *et al.*, 2009: 99), entendibles como parte de los títulos de rango de esta -a nuestro juicio- Casa gobernada por una pareja[15] (Fig. 8B). Aunque sin poder demostrarlo, no descartamos que, en paralelo a lo interpretado en Cancho Roano, la sortija del jinete de Aliseda bien pudiera ser -como señalara Nicolini- una de las últimas piezas incorporadas al conjunto aliseño dominado por los motivos orientales y orientalizantes. Un hecho con el que, de admitirse su fábrica en el s. V a.C., quizá se pretendiera conjugar o incluso subsumir los cambios sociopolíticos e ideológicos de los nuevos tiempos en una estructura organizativa liderada empero por una pareja fiel y firmemente aferrada aún a la mítica oriental precedente.

3.2. DE "TESORO" A *KEIMÉLION*

Desde tales premisas, el Tesoro de Aliseda se nos muestra como un selecto y seleccionado acopio de joyas y objetos rituales de indudable valor sociopolítico y simbólico, cuyos propietarios debieron de adquirir progresivamente y administrar a través de mecanismos diversos difíciles de precisar (regalos, encargos, intercambios, pactos y alianzas, dotes…), atesorar, exhibir en momentos o situaciones especiales y trasmitir generacionalmente durante algo más de dos siglos.

Precisamente tal percepción dinámica y diacrónica del conjunto de Aliseda nos ha llevado recientemente a prescindir del ambiguo término "tesoro"[16] para conceptuarlo y redefinirlo globalmente como *keimélion* (Rodríguez, e.p.; Rodríguez *et al.,* 2019: 107-117). Un conocido concepto homérico con el que la arqueología mediterránea (*e. g.* Maran, 2006, 2012; Nizzo, 2010; Ruiz-Gálvez, 2014: 169; González Ruibal y Ruiz-Gálvez, 2016, etc.) viene refiriéndose a bienes diversos, regalos políticos con sus propias biografías o conjuntos excepcionales de estructura coherente y definida, reunidos y legados de generación en generación en el seno de instituciones

[15] En relación con el hombre se consideran los llamados "elementos de guerrero" (armas, jaeces de caballo y atalajes de carros) (Almagro Gorbea, 1990: 101, fig. 16). Por su parte, la mujer estaría representada en el lote de joyas (pendientes, collares, brazalete…) (Perea, 2003), cuya conformación -más allá de sus particularismos tecno-tipológicos y contextuales- es reflejo en buena medida de la de Aliseda. En su conjunto, dichos materiales pudieron formar parte de los emblemas corporativos de esta Casa en un contexto rural y en un marco sociopolítico redefinido, pero deudor ideológicamente del pasado orientalizante (Rodríguez *et al*., 2018a, 2019: 121).

[16] La RAE identifica el "tesoro" o "tesauro" en su quinta acepción con un "conjunto escondido de monedas o cosas preciosas, de cuyo dueño no queda memoria". Por otra parte, es sabido que, en el mundo clásico, el "tesoro" se asocia también con estancias o pequeños edificios de palacios y santuarios donde se acumulaban riquezas y exvotos, respectivamente.

diversas o élites aristocráticas. Y como tales se consideran representativos del orden social y del sistema de valores e ideas de su tiempo. En suma, emblemas corporativos de estatus y poder sociopolítico y religioso, cuya semántica conjuga el mito y la realidad, el pasado y el presente, lo individual y lo colectivo, lo local y lo foráneo.

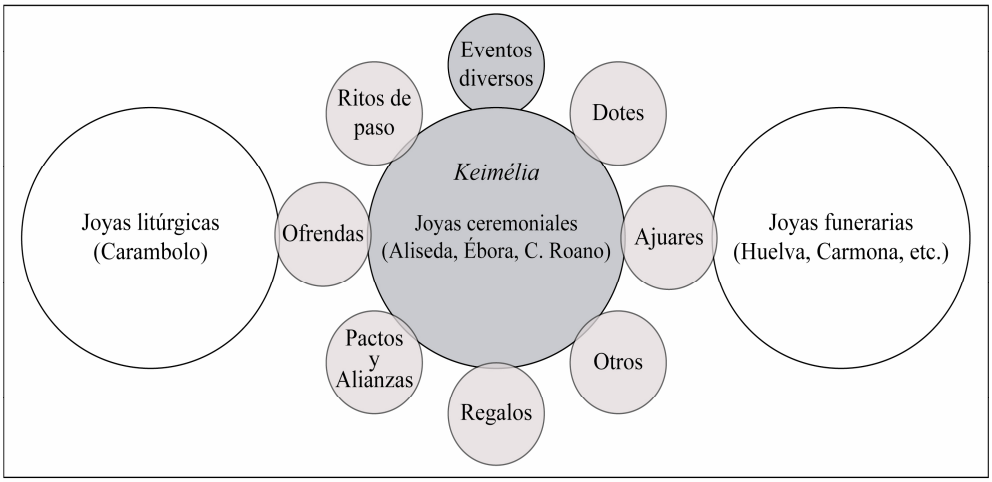
Aplicado a nuestro caso, el *keimélion* aliseño representaría la riqueza material e inmaterial del linaje o de la Casa principal de Aliseda, conformado, instituido, exhibido en ceremonias diversas y "pasado"[17] entre las parejas que se sucedieron al frente de la misma entre los ss. VII-VI y V a.C. (Fig. 9A). Alhajas ceremoniales y corporativas que nadie podía apropiarse ni llevarse a su tumba y, por tanto, debían custodiarse en lugar seguro y gestionarse-negociarse estratégicamente como patrimonio y fuente de poder o renombre de la Casa/linaje y su historia; joyas diferenciadas de las consideradas específicamente litúrgicas (*e. g.* El Carambolo) o las propiamente funerarias atestiguadas en las sepulturas de prestigio de algunas necrópolis del suroeste tartésico e incluso postartésico (*e. g.* Gaio, Medellín, Carmona, Setefilla, Huelva, Alcalá del Río, etc.) (Rodríguez *et al.*, 2019: 133-134, con bibliografía) (Fig. 9B). Joyas y objetos de prestigio en contextos distintos pero interconectados, que sugieren formas de gestión y circuitos de circulación diversos de dichos elementos en Tartessos y sus periferias con sus prolongaciones posteriores (Ruiz y Molinos, 2007: 109).

Pero entre las alhajas aliseñas legadas generacionalmente hay piezas que, a nuestro juicio, pudieron representar de un modo particular el arraigo y la conexión con el pasado, con sagas ancestrales, que venimos identificando como posibles *archaika* (Kistler *et al.*, 2017, con bibliografía); es decir, objetos de antigüedad real o ficticia que ligan o evocan al mundo de los antepasados como argumento destacado de legitimidad, localidad y cohesión. Nos referimos especialmente a la gran torques de extremos vueltos que recuerda a las del Bronce Final Atlántico en un sentido amplio (Almagro Gorbea, 1977: 206-207; Delibes, 2002: 60-63) y a las grabadas en las estelas-guijarro diademadas o "con tocado" de la región extremeña (Almagro Gorbea, 1977: 200-201; Perea, 1991, 2006; Díaz-Guardamino, 2010: 240-250). Sobre las primeras, solo indicar cómo perviven en el tránsito al Hierro aún como símbolo identitario y elemento de conexión al pasado (*e. g.* Herdade de Álamo, Moura), aunque con rasgos técnicos mediterráneos ya diferenciados de la tradición local, en una dialéctica persistencia/cambio ya apuntada por A. Perea (2005b: 100-101). En este mismo sentido cabría sopesar el espejo que, si bien con paralelos orientales y orientalizantes reconocidos (*e. g.* Almagro Gorbea, 1977: 215; Garrido y Orta, 1978: 100),

[17] Salvando las distancias y dentro de los no pocos paralelismos históricos posibles, esta expresión tiene su eco en la de las denominadas "joyas de pasar" de la Casa Real española, conformadas e instituidas por la reina Victoria Eugenia en su testamento (1963) y trasmitidas a través de los varones de la Casa a sus esposas.

igualmente nos retrotrae a los ejemplos incluidos en las estelas de guerrero del Bronce Final como elementos ligados a la imagen del poder (Celestino, 2001: 164; Ruiz-Gálvez, 2019: 473)[18] (Fig. 9A).

A



B

Figura 9. A) El *keimélion* de Aliseda (MAN); B) Contextos, diferencias y conexiones entre joyas litúrgicas, funerarias y corporativas con sus posibles mecanismos de adquisición y negociación en el suroeste (Rodríguez *et al.,* 2019).

[18] Los nexos con las estelas son también rastreables en otras piezas singulares como el cinturón y la diadema, pero que en Aliseda se muestran ya transfiguradas por la rica iconografía orientalizante.

En suma, el *keimélion* de Aliseda parece concitar el pasado, el presente y el futuro del linaje/Casa principal de este enclave; o lo que es lo mismo, la esencia de su continuidad, identidad y trascendencia. Sin embargo, su historia no superaría la crisis de finales del s. V a.C. que supuso en todo el actual territorio extremeño la quiebra y reorganización sociopolítica y territorial de los sistemas organizativos (urbanos y rurales) surgidos con el periodo Orientalizante y prolongados tras la crisis tartésica durante el Postorientalizante u Orientalizante Final bajo pujantes pero efímeras fórmulas heterárquicas en los campos del Guadiana medio o anacrónicas y declinantes jerarquías protourbanas en la penillanura cacereña del Tajo, a contracorriente de los nuevos tiempos y de los modelos políticos ideológicamente transformados que comenzaban a despuntar en el eje del Guadalquivir (*e. g.* Escacena y Belén, 1997; Ruiz y Molinos, 2007, etc.) o los de perfil "guerrero-pastoril" y carácter expansivo de la vecina Meseta (*e. g.* Álvarez, 1999: 330-334; Sánchez Moreno, 2011: 162-163 y 165, etc.). Así lo percibimos en la propia Aliseda o de forma más traumática en las destrucciones que arruinaron las Casas de Cancho Roano, La Mata o El Turuñuelo (Rodríguez, 1994, 2004; Rodríguez *et al.*, 2010, 2018a: 250-254). Sin desestimar otras opciones ya comentadas, intuimos que pudo ser en dicho contexto crítico e incierto de en torno al 400 a.C. en el que se produjera el enterramiento ritualizado (?) del *keimélion* de Aliseda -quizá con la esperanza de recuperarlo alguna vez- en uno de los espacios de mayor significación político-religiosa de su dominio, el área ritual del Ejido-Cortinas, donde hasta entonces periódicamente habría sido mostrado al despuntar de la primavera y ahora convertido en su tumba. Un entierro del símbolo que, además del abandono de este paraje y del propio poblado de la Sierra del Aljibe, estaba marcando el fin de un tiempo y de un ciclo histórico.

Hasta donde conocemos, las técnicas orientalizantes perduraron en la orfebrería de la Segunda Edad del Hierro en Extremadura (Serradilla, Madrigalejo o Segura de León), pero al parecer no tanto sus tradicionales emblemas corporativos (diademas-bandas, collares…: Perea, 2006; Bandera, 2018) en los renovados entorchados de los líderes vetones, célticos y túrdulos. Por el contrario, sí que lo hicieron -aunque reajustados a las lógicas innovaciones iconográficas- entre las élites púnico-turdetanas de Andalucía occidental, como se infiere de los conjuntos del Cortijo de Ébora, Puebla de los Infantes o Mairena de Alcor, y las del helenizado mundo ibérico tan expresivamente reflejadas en el Tesoro de Jávea y, sobre todo, en sus enjoyadas damas (*e. g.* Olmos y Tortosa, 1997; Perea, 2006; Aranegui, 2008, 2018; Chapa e Izquierdo, 2010, etc.). En suma, un panorama diverso y contrastado, producto de los cambios y continuidades del proceso histórico catalizado siglos atrás por los contactos mediterráneos y, a la vez, muestra representativa del emergente paisaje multiétnico y cultural que -no exento de convulsiones- siglos después conocería la llegada de los romanos.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura,* Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1990): "El Periodo Orientalizante en Extremadura", en A. Velázquez, J. L. de la Barrera, J. J. Enríquez (eds.), pp. 85-126.

(1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Madrid.

(2008) (dir.): *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, 26 (2), Madrid.

(2013): "La sociedad tartesia", en J. M. Campos, J. Alvar (eds.), *Tarteso. El emporio del metal*, Córdoba, pp. 491-509.

ALMAGRO GORBEA, M., ARROYO, A., CORBÍ, J. F. M., MARÍN, B. y TORRES, M.

(2009): "Los escarabeos de Extremadura", *Zephyrvs*, LXIII, enero-junio, pp. 71-104.

ALMAGRO GORBEA, M., CAMACHO, P., GRAELLS, R., LORRIO, A. J. y SÁNCHEZ DE PRADO, M.ª D. (2016): "Anillos con équido de la Hispania prerromana. Consideraciones tipo-cronológicas", *BSAA Arqueología*, LXXXII, pp. 87-153.

ALMAGRO GORBEA, M. y DÁVILA, A. F. (2016): "El escarabeo de amatista del 'Tesoro de Aliseda': ¿una joya regia?", *Homenaje a la profesora Concepción Blasco Bosqued.* Anejos a CuPAUAM, 2, pp. 181-190.

ALMAGRO GORBEA, M., MEDEROS, A., y TORRES, M. (2017): "La anfictionía tartesia orientalizante", en J. Jiménez (ed.), Sidereum Ana, III. *El río Guadiana y Tartessos*, Mérida, pp. 15-38.

ÁLVAREZ, J. R. (1999): *Los Vettones.* Bibliotheca Praehistorica Hispana, 1, 2ª ed., 2003, Madrid.

ARANEGUI, C. (2000) (ed.): *Argantonio. Rey de Tartessos*, Sevilla.

(2008): "Mortales o inmortales: a propósito de las *damas* ibéricas", en S. Estienne, D. Jaillard, N. Lubtchansky y Cl. Pouzadoux (dirs.), *Image et Religion dans l'antiquité gréco-romaine*, Nápoles, pp. 203-216.

(2018): *La Dama de Elche*, Madrid.

AUBET, M.ª E. (1975): *La Necropolis de Setefilla en Lora del Rio, Sevilla,* Barcelona.

(1977-78): "Algunas cuestiones en torno al Período Orientalizante tartésico", *Pyrenae*, 13-14, pp. 81-108.

(1984): "La aristocracia tartésica durante el Periodo Orientalizante", *Opus*, 3, pp. 445-468.

(1990): "El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción", en A. Velázquez, J. L. de la Barrera y J. J. Enríquez (eds.), pp. 29-44.

BANDERA, M.ª L. DE LA. (2018): "Orfebrería tartésica: originalidad y tradición fenicia", en A. D. Navarro y E. Ferrer (eds.), *Trabajo Sagrado. Producción y Representación en el Mediterráneo Occidental durante el I Milenio a.C.*, Spal Monografías Arqueología, XXV, Sevilla, pp. 115-156.

BANDERA, M.ª L. DE LA y MOLINA, P. (2001-02): "Dama ibérica de Torres: una imagen de la aristocracia oretana", *Studia E. Cuadrado. AnMurcia*, 16-17, pp. 177-188.

BARING, A. y CASHFORD, J. (2014): *El mito de la diosa*, Madrid.

BELÉN, M.ª (2012): "Mujeres en las necrópolis tartesias", en L. Prados (ed.) y C. López-Ruiz y J. Parra (coords.): *La Arqueología funeraria desde una perspectiva de género. II Jornadas Internacionales de Arqueología y Género en la UAM*, Madrid, pp. 179-200.

BENDALA, M. (1994): "Reflexiones sobre la Dama de Elche", *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, pp. 85-106.

BLANCO FERNÁNDEZ, J. L. y CELESTINO, S. (1998): "La joyería orientalizante peninsular. Diversidad y particularidades a la luz de los últimos hallazgos", *Complutum,* 9, pp. 61-83.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1956): "*Orientalia*. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península", *Archivo Español de Arqueología*, 29, pp. 3-51.

BLÁZQUEZ, J. M. (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente,* 2ª edición corregida y ampliada, Salamanca.

BOARDMAN, J. (2003): *Classical Phoenician Scarabs. A catalogue and study,* BAR International Series 1190, Oxford.

BONADIES, L. (2020): "Phoenician Trade in the Nile Valley: the contribution of some luxury items from Sudan", en S. Celestino y E. Rodríguez (eds.): *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, vol. III,* Mytra, 5, Mérida, pp. 1.035-1.045.

BOSCH, P. (1929): *El Arte en España. España Primitiva*, Barcelona.

(1932): *Etnología de la Península Ibèrica*, Edición a cargo de Jordi Cortadella, Pamplona, 2003.

CASTAÑOS, P. M.ª. (2015): "Los restos óseos de 'Las Cortinas'", en A. Rodríguez, I. Pavón, D. M. Duque (eds.), pp. 327-328.

CELESTINO, S. (1995): "El Periodo Orientalizante en Extremadura", *Extremadura Arqueológica*, IV, pp. 67-89.

(2000): *Cancho Roano*, Madrid.

(2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona.

(2014): *Tarteso. Viaje a los confines del Mundo Antiguo*, Madrid.

CELESTINO, S. y SALGADO, J. Á. (2007): "Fenicios e indígenas a través del Tesoro de Aliseda

CHAPA, T. e IZQUIERDO, M.ª I. (coord.) (2010): *La Dama de Baza. Un viaje femenino al más allá*, Madrid.

CONDE, M. (2003): "Escarabeos y amuletos procedentes de Cancho Roano", en S. Celestino (ed.), *Cancho Roano VIII. Los materiales arqueológicos I*, Badajoz, pp. 231-260.

DELIBES, G. (2002): "Los torques de la península Ibérica", en M. Barril, A. Rodero (dir.), *Torques, belleza y poder*, Madrid, pp. 59-68.

DÍAZ-ANDREU, M. (2005): "Género y Arqueología: una nueva síntesis", en M. Sánchez (ed.), *Arqueología y Género*, Granada, pp. 13-51.

DÍAZ-GUARDAMINO, M. (2010): *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*, Madrid.

DUQUE, D. M. (2015): "Antracología de 'Las Cortinas'", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2015a, pp. 279-300.

ESCACENA, J. L. y BELÉN, M.ª (1997): "El poblamiento en la Baja Andalucía durante los siglos V y IV a.C.", en J. Fernández, P. Rufete y C. García (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a.C.)*, *Huelva Arqueológica*, XIV, pp. 31-59.

GAMER-WALLERT, I. (1976): "Die hieroglyphen der Glaskanne von La Aliseda (Cáceres)", *Revista de la Universidad Complutense,* 25, pp. 127-131.

GARCÍA-BELLIDO, A. (1942): *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid. (1943): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reintegradas a España en 1941*, Madrid.

GARRIDO, J. P. y ORTA, E. M.ª. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de "La Joya" II*, Excavaciones Arqueológicas en España, 96, Madrid.

GILLESPIE, S. D. (2000): "Lévi-Strauss. Maison à Société à Maisons", en R. A. Joyce y S. D. Gillespie (eds.): *Beyond Kinship. Social and Material Reproduction in House Societies,* University of Pennsylvania Press, Philadelphia, pp. 22-52.

(2007): "When Is a House?", en R. A. Beck, Jr. (ed.): *The Durable House. House Society. Models in Archaeology*, Center for Archaeological investigations, Southern Illinois University, Carbondale. Occasional Paper 35, pp. 25-50.

GÓMEZ GUERRERO, R., RODRÍGUEZ, E., DUQUE, D. M., PAVÓN, I. y RODRÍGUEZ, A. (2015): "Restitución espacial y paleotopográfica del lugar del hallazgo y entorno del Tesoro de Aliseda", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2015a, pp. 227-251.

GÓMEZ-MORENO, M. (1941): "Oro en España", *Archivo Español de Arqueología*, 14, 45, pp. 461-474.

GONZÁLEZ-RUIBAL, A. y RUIZ-GÁLVEZ, M.ª L. (2016): "House Societies in the Ancient Mediterranean (2000-500 BC)", *Journal of World Prehistory*, 29 (3), pp. 383-437.

JIMÉNEZ, J. (2013): "'Braseros' de bronce protohistóricos en Extremadura. Viejos y nuevos hallazgos; nuevas y viejas ideas", *Revista Onoba*, 1, pp. 55-78.

KISTLER, E., ÖHLINGER, B., DAUTH, TH., IROVEC, R. y WIMMER, B. (2017): "Archaika as a Resource. The Production of Locality and Colonial Empowerment on Monte Iato (Wester Sicily) around 500 BC", en A. K. Scholz, M. Bartelheim, R. Hardenberg y J. Staecker (eds.), *ResourceCultures. Sociocultural Dynamics and the Use of Resources-Theories, Methods, Perspectives*, Tübingen, pp. 159-175.

LE MEAUX, H. (2010): *L'iconographie orientalisante de la Péninsule Ibérique. Questions de styles et d'échanges (VIIIe-VIe av. J.-C.)*, Madrid.

LÉVI-STRAUSS, C. (1979): *La vía de las máscaras*, 9ª ed. Méjico. (1987). *Anthropology and Myth: Lectures 1951-1982*. Translated by Roy Willis. Blackwell, Oxford.

LÓPEZ-BERTRAN, M. (2011): "Where are the priests? Ritual Mastery in Punic Shrines", en A. Chaniotis (ed.): *Rytual Dinamics in the Ancient Mediterranean. Agency, Emotion, Gender, Representation,* Franz Steiner Verlag, Stuttgart, pp. 43-60.

MALUQUER DE MOTES, J. (1957): "De metalurgia tartesia: el bronce Carriazo", *Zephyrvs*, VIII, pp. 157-168.

(1970): *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona. 3ª edición, 1984.

(1981): "El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. 1978-1981", en J. Maluquer, M.ª E. Aubet (eds.), *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, pp. 223-409.

MARAN, J. (2006): "Coming to terms with the past: Ideology and power in Late Helladic IIIC", en S. Deger-Jalkotzy e I. Lemos (eds.), *Ancient Greece: From the Mycenaean palaces to the age of Homer*, Edinburgh, pp. 123-150.

(2012): "Ceremonial feasting equipment, social space and interculturality in Post-palatial Tiryns", en J. Maran y W. Stockhammer (eds.), *Materiality and social practice: Transformative capacities of intercultural encounters*, Oxford, pp. 127-136.

MARTÍN, J. A. (1996): *Las sepulturas principescas del periodo Orientalizante tartésico,* Universidad de Málaga, Málaga.

MÉLIDA, J. R. (1921): *Tesoro de Aliseda. Noticias y descripción de las joyas que le componen*, Madrid.

(1928): "Der Schatz von Aliseda", *Archäologischer Anzeiger. Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Institut*, 43, pp. 497-510.

MONEO, T. (2003): Religio Iberica*. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.),* Bibliotheca Archaeologica Hispana, 20, Madrid.

NICOLINI, G. (1990): *Techniques des Ors Antiques. La bijouterie ibérique du VIIe au IVe siècle*, París.

NIZZO, V. (2010): "La memoria e l'orgoglio del passato: heirlooms e keimélia nelle necropoli dell'Italia centrale tirrenica tra il IX e il VII secolo a.C.", *Scienze dell'antichità. Storia Archeologia Antropologia*, 16, pp. 63-108.

OLMOS, R. (2007-08): "El estanque de la diosa. Representaciones de raigambre oriental en la iconografía ibérica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 45, pp. 111-127.

OLMOS, R. y TORTOSA, T. (eds.). (1997): *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Madrid.

ORTI, M. Á. (1921): "El tesoro fenicio de Aliseda", *Revista Ibérica*, XVI (397), 15 de octubre, pp. 210-212.

(1924): "Los fenicios y el tesoro de Aliseda", *Boletín de la Real Academia de las Ciencias y Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, año III, enero-marzo, núm. 7, pp. 87-98.

PAVÓN, I., RODRÍGUEZ, A. y REGUERA, I. (2011): "Traducción y valoración historiográfica de 'Der Schatz von Aliseda', José Ramón Mélida (1928)", *Norba. Revista de Historia*, 24, pp. 203-223.

PEREA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del Oro*, Madrid.

(2001): "La placa ornamental de Écija y su relación con el taller de Extremadura", *Astigi Vetus*, 1, pp. 89-98.

(2003): "Cancho Roano: estudio tecnológico de los objetos de oro", en S. Celestino (ed.): *Cancho Roano VIII. Los materiales arqueológicos I,* Badajoz, pp. 197-228.

(2005a): "Relaciones tecnológicas y de poder en la producción y consumo de oro durante la transición Bronce Final-Hierro en la fachada atlántica", en S. Celestino y J. Jiménez (eds.), *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos de AEspA, XXXV, Mérida, pp. 1.077-1.088.

(2005b): "Mecanismos identitarios y de construcción del poder en la transición Bronce-Hierro", *Trabajos de Prehistoria*, 62 (2), pp. 91-104.

(2006): "Entre la metáfora y el mito. La representación simbólica de lo femenino", *MARQ Arqueología y Museos*, 01, pp. 49-68.

PEREA, A. y OLMOS, R. (2018): "El poder en sus manos", en L. Prados, C. Rueda y A. Ruiz (eds.), *Bronces ibéricos. Una historia por contar: libro homenaje al prof. Gérard Nicolini*, Jaén, pp. 535-566.

PÉREZ JORDÀ, G. (2015): "Los restos carpológicos de 'Las Cortinas', en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2015a, pp. 301-308.

PÉREZ GUTIÉRREZ, M. (2015): "Métrica, geometría y astronomía en Aliseda", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2015a, pp. 253-262.

PÉREZ GUTIÉRREZ, M., RODRÍGUEZ, A., PAVÓN, I. y DUQUE, D. M. (2016): "An Orientalizing Ritual Building in Aliseda (Cáceres, Spain)", *Mediterranean Archaeology and Archaeometry*, 16 (4), pp. 305-311.

POLAK, G. (2018): *Los legados documentales en la historiografía arqueológica española: el CeDAP de la UAM y el ejemplo de Juan Cabré Aguiló (1882-1947),* Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.

RODERO, A. (2014): "El vaso de plata del Tesoro de Aliseda", en en P. Bádenas, P. Cabrera, M. Moreno, A. Ruiz, C. Sánchez y T. Tortosa (eds.): *Homenaje a R. Olmos.* Per speculum in aenigmate. *Miradas sobre la Antigüedad.* Anejos de Erytheia. Estudios y textos, 7, Madrid, pp. 422-425.

RODRÍGUEZ, A. (1994): "Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en la Cuenca Media del Guadiana: la crisis del Cuatrocientos y el desarrollo de la Beturia", *CuPAUAM*, 21, pp. 9-34.

(2004) (ed.): *El edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Cáceres.

(E.p.): "Power, Ideology and Identity in the "Tartessian Southwest": The Ritual Context of the Aliseda Hoard (Cáceres, Spain)", en E. Kistler, Ch. Heitz, B. Öhlinger y P. van Dommelen (eds.): *The Production of Locality and Empowerment in the Iron Age Archaic Western Mediterranean*, Cambridge University Press.

RODRÍGUEZ, A. y ENRÍQUEZ, J. J. (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*, Barcelona.

RODRÍGUEZ, A., ORTIZ, P., PAVÓN, I. y DUQUE, D. M. (2014): *El tiempo del Tesoro de Aliseda, I. Historia e historiografía del hallazgo*, Cáceres.

RODRÍGUEZ, A. y PAVÓN, I. (1999): *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres). Campaña de 1995*, Cáceres.

RODRÍGUEZ, A., PAVÓN, I. y DUQUE, D. M. (2010): "Población, poblamiento y modelos sociales de la Primera Edad del Hierro en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo", *Arqueología de la población. Arqueología Espacial*, 28, pp. 41-64.

(2015a) (eds.): *El tiempo del Tesoro de Aliseda, II. Aproximación a su contexto arqueológico*, Cáceres.

(2015b): "Excavaciones en Las Cortinas", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2015a, pp. 27-106.

(2016): "Las excavaciones de Juan Cabré en Aliseda (1921)", *Homenaje a la profesora Concepción Blasco Bosqued.* Anejos a CuPAUAM, 2, pp. 167-179.

(2018a): "Familias, linajes y 'grandes Casas' en la 'Extremadura tartésica'", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2018b, pp. 209-264.

(2018b) (eds.): *Más allá de las casas. Familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular*, Cáceres.

(2019): *El Tesoro de Aliseda, cien años después. En el laberinto de sus historias*, Barcelona.

RODRÍGUEZ, A., PAVÓN, I., PÉREZ, G., TRANCHO, G. J., ROBLEDO, B., GENER M. y MONTERO, I. (2015c): "Materiales inéditos asociados al Tesoro de Aliseda en el Museo Arqueológico Nacional", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2015a, 351-360.

RUIZ, A. (2000): "El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes", en C. Mata y G. Pérez, (eds.): *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric.* Saguntum Extra 3, pp. 11-20.

RUIZ, A. y MOLINOS, M. (2007): "El ibérico antiguo en Andalucía oriental: el final de un sueño", en M.ª C. Belarte y J. Sanmartí (eds.), *De las comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental. Homenatge a Miquel Cura., Arqueomediterrània*, 9/2006, pp. 11-24.

(2018): "Genealogía, matrimonio y residencia en el proceso político de los iberos del alto Guadalquivir", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2018b, pp. 41-71.

RUIZ-GÁLVEZ, M.ª L. (1992): "La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica", *Spal*, 1, pp. 219-251.

(2014): "La *Iberia* Atlántica: un umbral entre Oriente y Occidente", en M. Almagro Gorbea (ed.), *Protohistoria de la Península Ibérica. Del Neolítico a la Romanización*, Burgos, pp. 161-180.

(2019): "De hombres y dioses: la estela de guerrero de Magacela y el *rp'um*", en M.ª E. Chávez, M.ª D. Camalich y D. Martín (coords.), *Un periplo docente e investigador. Estudios en homenaje al profesor Antonio Tejera Gaspar*, Santa Cruz de Tenerife, pp. 463-480.

SÁNCHEZ MORENO, E. (2011): "Rebaños, armas, regalos. Expresión e identidad de las élites vetonas", en G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez Sanchís (eds.), *Castros y verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*, Ávila, pp. 159-189.

SÁNCHEZ VIZCAÍNO, A., PARRAS, D. J., TUÑÓN, J. A., RAMOS, N. y GARCÍA, J. F. (2015): "Determinación y caracterización fisicoquímica de contenidos y sedimentos en 'Las Cortinas'", en A. Rodríguez, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2015a, pp. 309-321.

TEJERA, A. y FERNÁNDEZ, J. (2020): *Tarteso. La génesis de una civilización. Onoba Monografías*, 5. Huelva.

TORELLI, M. (1996): *Historia de los etruscos,* Crítica, Barcelona.

TORRES, M. (2002): *Tartessos*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, 14, Madrid.

VELÁZQUEZ, A., DE LA BARRERA, J. L. y ENRÍQUEZ, J. J. (eds.). (1990): *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2, Mérida.

Alonso RODRÍGUEZ DÍAZ

http://orcid.org/0000-0002-4602-4337
alonso@unex.es

Ignacio PAVÓN SOLDEVILA

http://orcid.org/0000-0002-6130-6463
ipavon@unex.es

David M. DUQUE ESPINO

http://orcid.org/0000-0002-6045-3031
despino@unex.es